

Selección TERROR

FLORES PARA UNA TUMBA VACIA

Ralph Barby


SELECCION
TERROR
0'80

FLORES PARA UNA TUMBA VACIA

RALPH BARBY

Colección SELECCION TERROR n.° 481
Publicación semanal

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

476 — *Junto al pavoroso cementerio*, Ada Goretti.
477 — *El arca de la maldición.* Clark, Carrados.
478 — *A solas con Charly,* Lou Carrigan.
479 — *Te espero en la tumba,* Clark Carrados.
480 —- *Profanadores de sepulcros,* Curtis Garland.

ISBN 84-02-02506-4 Depósito legal: B. 10.712-1982
Impreso en España - Printed in Spain l.# edición: mayo, 1982
1.* edición en América: noviembre, 1982

Todos los personajes *y* entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente

de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A, Parets del Valles (N -
152, Km 21,650)
Barcelona - 1982

CAPITULO PRIMERO

El automóvil avanzó suavemente cuesta arriba por entre las aceras bordeadas de árboles.

Al otro lado, a derecha e izquierda, estaban las casas de los muertos, tumbas, panteones, lápidas, cruces, ángeles que suplicaban piedad, piedras y mármoles mo- jados, carcomidos por la contaminación ácida de la gran ciudad fabril.

El mar estaba cerca, era como si los muertos pudieran mirarse en él los días de sol radiante.

—Tony, ¿estás molesto?

El hombre fumaba mientras conducía. Había comenzado a lloviznar, diminutas pero múltiples gotas que el - limpiaparabrisas se encargaba de barrer.

—No, no estoy molesto.

—Yo creo que sí

—Está bien, lo que tú digas.

—Por favor, Tony.

Una de las cosas que molestaban a Tony era el intenso olor de flores que llevaban en el coche, sobre el asiento posterior. Mentalmente se dijo que mejor hu- biera sido meterlas en el maletero para no olerías durante tanto rato.

—¿Qué piensas ahora? —preguntó Mireya.

Tony, que miraba las tumbas situadas a derecha e izquierda a través del cristal mojado, comentó:

—Es increíble.

—¿El qué?

—El perfume de las flores. Tan agradable que resulta en otros momentos y aquí, en la ciudad de los muertos, se me hace repelente. No te molestes si no te regalo una flor en mucho tiempo.

—Palabra que no me molestaré —aceptó ella cariñosa, deseosa de suavizar tensiones.

—Mira, ahí está la calle de San Hilario —señaló Tony, deteniéndose.

—Hay escaleras, el coche no puede pasar —observó Mireya.

—Posiblemente el acceso a esa calle y a sus tumbas esté por otro lado, habrá que dar la vuelta.

—Déjalo estar, son unos pocos metros y no es necesario que tú vengas.

—Está lloviznando —le recordó Tony.

Mireya apenas miró el rostro varonil. Tony no era ningún niño, era un hombre joven pero hecho. Se movía con aplomo y seguridad.

La masculinidad de sus bíceps hallaba paralelismo en su voz de tonos graves, bien timbrada y acariciante en opinión de las mujeres.

Su mandíbula, algo prominente, era fuerte. Sus cejas, quizás algo espesas y de color negro intenso, contrastaban con sus ojos de tonalidad verdosa y a Mireya le parecía que en la oscuridad brillaban como los de un felino.

—Sólo son unos metros, llevo paraguas.

Mireya abrió su paraguas después de apearse y recogió el ramo de flores que le pasó el propio Tony que se inclinó sobre los asientos posteriores.

—Ahora vuelvo —dijo ella.

Tony se había estacionado en la estrecha calzada junto al bordillo por donde se deslizaba el agua de la lluvia que recogía la propia calzada.

Tony pulsó el audio-cassette y comenzó a oír un blues en tono demasiado alto. Sin dejar de fumar, pensó que aquel blues podía sonar muy bien en un cementerio de
New Orleáns, de Georgia, pero allí la cosa era diferente y optó por bajar el volumen.

A través de los cristales mojados se veía mal el exterior. Tony se dijo que él nada tenía que ver con aquel mundo, con la gran ciudad de los muertos. Había tantos almacenados, pudriéndose, que tenían que ser colocados en pisos, verdaderas colmenas de ladrillo y cemento, edificaciones que vistas a distancia semejaban edificios de viviendas proletarias levantadas en los suburbios de las grandes urbes.

El ambiente, la soledad de aquel lugar tan poblado pero de seres muertos, encogía el ánimo. Tony sacó de la guantera una botella-petaca de brandy Napoleón.

Desenroscó el tapón y se llenó la boca para tragar el licor despacio, muy despacio,
tras hacerlo resbalar por entre su dentadura, su paladar y su lengua, como asegurándose de que todo iba a quedar empapado de brandy.

Después, abrió la boca y expulsó el aire lentamente por entre los labios ahuecados antes de volver a fumar.

Mireya avanzó por entre las tumbas dejando a la espalda un macizo de nichos, una
colmena de la que jamás saldría vida, abejas ni miel.

—Esta no, ésta tampoco —musitaba mientras leía los nombres grabados en la piedra o en los mármoles cancerados por la contaminación y la proximidad del mar.

—Familia Estany —leyó—. Esta es.

La sepultura era de las que se hundían en la tierra, con varios pisos de profundidad, y quedaba cubierta por una pesada lápida.

Había lapidas de distintos materiales. Predominaba el granito tosco y el mármol, pero en los últimos años se había impuesto el granito escandinavo, de gran belleza y calidad, pulido casi como un espejo y de dura resistencia.

La losa de granito negro era grande y bella. Los grabados estaban hechos en bajo relieve, rellenadas las letras y números con brillante acero inoxidable. No había flores pero sí una corona metálica que había comenzado a oxidarse.

—Lo siento —dijo Mireya—. Lo siento mucho, no era mi intención matarle. Depositó con cuidado el ramo de flores

sobre la losa, gladiolos, camelias y rosas.

—Debería, debería rezar por usted, pero no tengo costumbre, sólo puedo decirle lo lamento.

Un breve claxonazo, tan breve que más parecía una ilusión mental, la obligó a volver la cabeza en la dirección en que había sonado. Tony, en su coche, no estaba lejos.

El frío, la humedad y la soledad del lugar se le metió dentro, era como si hubiese dejado abierta una ventana en su propio cuerpo.

La mandíbula inferior se le movió sola y sus dientes entrechocaron cuando observó que la gran losa de granito temblaba ligeramente, una losa que debía pesar mucho. Posiblemente harían falta más de cuatro hombres para moverla, a juzgar por lo grande y gruesa que era.

Quiso pensar que se trataba de una ilusión óptica y retrocedió un par de pasos.

El tacón de su zapato se metió en un pequeño enrejado que servía para desaguadero de aguas pluviales. Estuvo a punto de caer. Se inclinó para sacar el zapato, mas el tacón se rompió.

Un ruido le hizo volverse hacia la tumba y entonces vio que, efectivamente, la

pesada lápida de granito se desplazaba. Era muy poco, casi imperceptible, pero que se desplazaba, incluso las flores se movían sobre ella y una voz quejumbrosa, rota y al mismo tiempo amenazante, brotaba por entre las fisuras de aquella tumba.

—¡No, no!

Dio la vuelta echando a correr, pero el tacón roto le hizo fallar y dando un traspiés se golpeó contra el cristal que cubría la lápida de un nicho de una de aquellas pequeñas tumbas colocadas una encima de otra como si fueran macabros armarios.

El cristal se rompió estrepitosamente. El cuadro que mostraba el retrato de un difunto cayó a sus pies y cuando quiso recogerlo, vio que sus manos estaban manchadas de sangre.

Todo estaba ocurriendo en escasos segundos, el paraguas se hallaba caído junto a la tumba de la familia Estany. Mireya echó a correr como enloquecida, fuera de sí.

Trastornada como estaba, se equivocó y corrió por entre las tumbas, pero en dirección contraria a la que se hallaba el coche de Tony.

Mientras huía, Mireya estaba segura de que el ser que trataba de escapar de aquella tumba la seguía. Dobló por una pared de nichos cuando se dio de bruces contra un ser oscuro y brillante contra el que golpeó mientras unos brazos se cerraban en torno a ella, aprisionándola.

—¡Noooooo!

—Tranquila, tranquila. ¿Qué te pasa?

Ella se quedó mirándolo con fijeza y al reconocerle balbuceó:

—Tony, Tony...

El hombre vio que ella cerraba los ojos y luego se desvanecía. Hubiera caído al suelo de no sostenerla con sus brazos.

Un fuerte y desagradable olor la arrancó de un pozo de tinieblas.

—Ya despierta —dijo una voz desconocida.

Lo primero que vio Mireya fue un rostro rugoso y blanquecino el rostro de un nombre al que no conocía, pero al desviar sus ojos...

—¡Tony!

—Vamos, Mireya, todo ha pasado.

—¿Todo?

—Estabas sola, te has asustado y te has hecho unos cortes en las manos; luego, te has desmayado.

—La señorita puede decirnos si ha visto a algún maleante.

—¿Maleante? —repitió ella tratando de buscar claridad para su mente.

—Aquí abundan, señorita. Buscan a los visitantes solitarios, el cementerio es muy grande y suele estar vacío, es fácil asaltar a una persona dentro de él. Los maleantes están acostumbrados a pasearse por las calles del cementerio, ellos conocen las rutas de los vigilantes, los espían y saben esconderse por entre las tumbas.

Mireya miró las manos vendadas, ya no se veía sangre en ellas, los dedos estaban libres y el enfermero seguía hablando.

—No te preocupes, no es grave. Los cortes no son profundos; no obstante, iremos a visitar a un médico.

—¿Un médico?

—Sí, es mejor —aprobó el hombre del rostro rugoso—. Yo sólo soy enfermero diplomado, es mejor que la vea un médico. Nunca se sabe, un nervio, un tendón...

Salieron del cementerio, ahora llovía con más fuerza.

—Lo siento, Tony, no sé qué me ha pasado, me he puesto histérica.

—No te preocupes, no era el mejor día para visitar el cementerio.

—Sí, la lluvia, la soledad. Tony, tú...

El hombre encendió un cigarrillo que entregó a la joven; ésta lo tomó entre sus dedos, casi aprisionados en su base por las vendas.

—Gracias.

—¿Qué querías preguntarme?

—Tú no crees en fantasmas, ¿verdad?

—¿Fantasmas? No, claro que no.

—¿Piensas que los fantasmas no son más que pesadillas o alucinaciones macabras?

—Sí, eso es, los nervios juegan malas pasadas —respondió él mientras veía los camiones que circulaba en dirección contraria, grandes camiones que tenían como destino el gran puerto marítimo.

—Mireya, tuviste problemas con los trágicos sucesos ocurridos. Necesitaste un período de descanso, te impresionaste mucho.

—Yo fui inocente de aquella tragedia.

—Lo sabemos todos, incluso el juez, por eso no fuiste acusada de nada.

—Me afectó mucho —admitió con un suspiro—, pero creí que ya estaba repuesta.

—No hemos debido venir aquí, tenía que haberme opuesto con más energía. Tú estás muy sensibilizada todavía.

—Es cierto —admitió ella, colocando el cigarrillo entre sus labios.

—Podíamos haber esperado un año o más, siempre había tiempo para pasar por el cementerio. El ya no se va a mover de donde está.

—No creía que fuera a impresionarme tanto —confesó Mireya.

—No sabemos lo que una situación nos va afectar hasta que la vivimos realmente. Te has visto sola, bajo la lluvia y frente a la tumba y has sufrido una crisis nerviosa.

—Sí, eso tiene que ser. Preferiría olvidarlo todo.

—Lo olvidarás. Un poco de tiempo es lo que hace falta y no volver más por el cementerio, que no es precisamente un sitio tranquilizante.

—Es cierto, y más después de saber que hay maleantes que asaltan a los visitantes solitarios.

—Es lógico. Este cementerio es una necrópolis grandiosa, se ha convertido en un laberinto donde hay tumbas por todas partes. Sería horrible que en ese cementerio se perdiera una persona durante la noche, no sabría por donde escapar.

—Se apoyara donde se apoyara, se escondiera donde se escondiera, siempre quedaría junto a una tumba.

—¿Puedes mover todos los dedos?

Mireya sujetó el pitillo entre los labios y movió los dedos.

—Sí —asintió—, pero me escuecen un poco las heridas.

—Es normal. No son profundas pero pasarás por el médico para que te las vea. Luego, hay que olvidar este asunto.

—Tienes razón, intentaré pasar una esponja por mi cerebro.

—¿Vamos a buscar el apartamento?

—¿Ahora?

—Sí, ¿por qué no?

—De acuerdo.

Como si acabaran de recibir una bocanada de aire limpio. Tony pisó el acelerador y se

sumergieron en la gran ciudad.

En unas oficinas muy elegantes visitaron a un hombre joven, un burócrata atento pero frío. Se mostró amable con ellos y les informó sobre lo que podía interesarles, calle Blames 135, cuarto segundo.

—Un lugar muy céntrico —opinó Tony. —Sí me interesa, nos lo quedaremos.

—La calle Blames es inhóspita.

—Tiene mucho tráfico, es cierto, pero si es un apartamento no nos molestará. Lo importante en una ciudad grande es vivir céntrico.

—Sí, entiendo que hace falta para tu profesión. No me quejaré si no me gusta.

—Tienes derecho a quejarte, vas a vivir también en él.

—Bueno, si no nos gusta del todo, más adelante cambiaremos, ¿verdad?

—Claro que sí. Quién sabe si dentro de un año o cinco ni siquiera viviremos en esta bonita ciudad, es difícil preveer el futuro.

El vestíbulo del edificio de apartamentos no gustó a Mireya. Era viejo, reformado en algunos servicios como el ascensor cuya modernidad y estrechez contrastaba con un estilo arquitectónico que más que antiguo era viejo y sin personalidad.

—¿Qué buscan? —preguntó sin asomo de cordialidad un un hombre vestido de oscuro, alto y huesudo, de tez grisácea. Su nariz era aguileña y grande, su mentón estrecho y saliente.

—Venimos a ver el apartamento cuarto segunda.

—¿Quién les envía?

—Roldan.

—¿Traen alguna tarjeta?

—Sí, tome —le dijo Tony entregándosela.

—Bien, suban en el ascensor.

Abrieron la puerta de plancha metálica pintada en rojo con un cristal mirilla rectangular colocado vertical en el centro de la puerta.

El ascensor era estrecho, cabían de tres a cuatro personas puestas una detrás de otra, pues su anchura no permitía que dos personas estuvieran juntas, como máximo tendría tres palmos y debía resultar muy molesto para quienes padecieran claustrofobia.

Se entraba en la cabina por uno de los extremos y la salida era por el opuesto. El ascensor había sido colocado allí aprovechando el hueco de la escalera, pues originariamente el edificio carecía de él.

La planta cuarta tenía dos apartamentos. El

conserje abrió una
de las puertas.

—Pasen y véanlo, es un buen apartamento —dijo sin entusiasmo, como si llevara la lección bien aprendida de tanto repetirla.

Mireya tuvo la impresión de que eran observados desde el otro lado de la puerta que correspondía al apartamento vecino.

Entraron en el piso vacío de contenido. En él se habían hecho algunas reformas modernas que no conjugaban en absoluto con la estructura de las ventanas, los frisos de los techos ni las puertas.

—No está mal, ¿verdad? —dijo más que preguntó Tony, forzando su optimismo.

—Por lo menos tiene luz —luz respondió Mireya.

—Da a la fachada de la calle y a la parte posterior del edificio. El sol entra por las estancias que miran a la parte trasera.

—Si le ponemos un poco de imaginación a la decoración y unos muebles apropiados,

todo
esto
cambiará
mucho.

—¿Se lo van a quedar? —preguntó el conserje. Pese a su delgadez, arrastraba los pies y su caminar podía identificarse por el especial ruido que hacía, psag, psag, psag...

—¿De veras te gusta, Tony?

—Sí, claro, no está mal. Sé que hay otros mejores, pero también son más caros.

—Me gustaría más en el barrio residencial de la parte alta de la ciudad. Allí todo es más nuevo.

—Es cierto, pero eso puede dejarse para más adelante, ahora perdería demasiado tiempo en desplazamientos diarios. Me interesa vivir céntrico.

—Lo que tú digas, pero...

—¿Pero qué?

Mireya miró al conserje; aquel tipo no le gustaba, le producía una sensación de desasosiego y se dijo que no le haría ninguna gracia toparse con él de noche, en una calle solitaria.

—¿Lo han visto ya?

Tony, al ver que Mireya callaba, asintió:

—Sí, ya me pondré en contacto con el señor Roldan.

—Será un placer verles por aquí, me llamo Ben.

—Usted no es de aquí, ¿verdad? —inquirió la muchacha.

—No, no soy de aquí. Nací en Casablanca, pero hace muchos años que vine a esta ciudad.

Tony dio una propina al conserje y la pareja abandonó el edificio saliendo a la calle hostil, de ancha calzada y gran densidad circulatoria.

—¿Qué me querías decir arriba? —preguntó el hombre.

—Tony, ese apartamento no me gusta.

—Sólo es por un tiempo, ya ves, resulta muy céntrico.

—Te comprendo; sin embargo...

—¿Qué?

—Viviré como tú compañera, no nos casaremos.

—¿Cómo?

—Que no nos casaremos aún, sitúate primero en tu profesión. Luego, luego ya hablaremos, será un tiempo de prueba.

—¿Prematrimonial?

—Llámalo como quieras. De esta forma, tú no te verás obligado a cargar conmigo durante mucho tiempo...

—Qué tontería. Te amo, Mireya, te amo, y si viviendo juntos eres

tú la que no está de acuerdo con la continuidad, siempre puedes pedir el divorcio.

—El divorcio siempre es un nido de problemas. Tony, yo te quiero, por eso estaré contigo en ese apartamento que no me gusta.

—Si no te gusta, lo dejamos, no he pagado nada aún.

—No, mejor no lo dejes, quizás sólo sea por un tiempo.

—Lo que tú digas, Mireya. ¿Puedes encargarte de la decoración? Ya sabes, papeles pintados, cortinas...

—¿Tú lo deseas?

—Claro que sí, puedes hacer lo que prefieras. Estoy seguro de que todo quedará con muy buen gusto.

—Bien, Tony, cuenta con ello.

—Ah, un momento... Se me ha olvidado preguntarle una cosa al portero, es sobre la potencia de la electricidad. Ya sabes que el equipo de que dispongo necesita una potencia considerable.

—Sí, claro.

Mireya se quedó esperando en la calle, de espaldas a la calzada por la que circulaban los automóviles en dirección única.

El chirriar escalofriante de unos frenos la estremeció de los pies a la cabeza. Antes de volverse para ver lo que había ocurrido escuchó un golpe, un golpazo sordo y premonitorio de un suceso mortal.

Sobre el asfalto, un cuerpo infantil. Era una niña, como una muñeca rota y desmadejada. Debía haberse partido un montón de huesos de su pequeño y frágil cuerpo.

Estaba reventada y desarticulada, pero lo más impresionante era la cabeza abierta, los ojos desorbitados y la sangre oscura que manaba por su boca y nariz, también por sus oídos, manchando los cabellos rubios.

—¡Noooo!

Incapaz de soportar la terrible visión, Mireya se tapó los oídos como incapaz de soportar sus propios gritos. Corrió hacia la escalera justo cuando Tony volvía a salir por ella, cayendo en brazos de éste.

—¿Qué te sucede?

—¡La niña, Dios mío, la niña!

—¿Qué niña?

—Ahí, en el suelo...

—No veo nada —respondió el hombre.

Mireya se volvió despacio y observó que la circulación era normal. Nada parecía haber ocurrido y la niña tampoco estaba, había desaparecido.

—No entiendo nada, no entiendo nada —confesó.

CAPITULO
II

Mireya llamó al timbre y aguardó sin moverse pese a que un perro doberman le gruñía amenazadoramente al otro lado de la puerta enrejada que cerraba la valla que rodeaba el jardín.

La edificación, no muy grande, debía tener casi cien años de construcción. Habría sido levantada por una familia que deseaba veranear a las afueras de la ciudad, mas la ciudad había crecido tanto que el lugar de veraneo había quedado integrado en uno de los suburbios residenciales.

En la misma calle y las adyacentes había otras casitas y chalets de parecido estilo arquitectónico, aunque aquella parecía menos atrayente por haber sido construidos sus muros en piedra oscura, o quizás había sido la contaminación de la gran ciudad la que había oscurecido las piedras, dando al chalet un aire un poco siniestro.

Se abrió la puerta de la casa propiamente dicha y apareció una mujer alta, madura pero todavía hermosa. Tenía largos cabellos negros que dejaba lacios y sueltos, sus ojos eran grandes, de mirar intenso.

Su cutis, muy pálido, semejaba rehuir la luz del sol. Vestía un complet oscuro que se ceñía a su cuerpo.

Las miradas de ambas se encontraron. El doberman lanzó un par de broncos ladridos y luego aguardó.

—¿Qué quiere?

—Hablar.

La mujer de la casa volvió a mirarla con intensidad y después avanzó unos pasos al tiempo que ordenaba:

—Quieto, «Aqueron».

El doberman de pelaje corto, suave y oscuro, lanzó un gruñido y se sentó sobre sus cuartos traseros, manteniéndose vigilante. La mujer fue hacia la puerta de la verja y la abrió.

—Gracias, señora Estany.

—Llámeme Diana —la corrigió aquella mujer.

Mireya miró con recelo al feroz perro vigilante, pero pasó por su lado sin que éste le hiciera nada. Siguió sentado hasta que las dos mujeres se internaron en la vivienda. Diana cerró la puerta, aislándose del mundo exterior.

Por dentro, la casa seguía tan oscura como por fuera.

Había ventanas, pero éstas tenían cortinas demasiado espesas

que tamizaban la luz en exceso.

El saloncito, de dimensiones regulares, tenía una escalera que daba acceso a un piso en el que debían haber habitaciones.

Había una larga estantería con abundancia de libros y una vitrina con objetos de metal, cristal y madera. En las paredes colgaban máscaras talladas en madera. Mireya supuso que debían ser africanas, máscaras que no ayudaban a que se tranquilizara.

—¿Quieres tomar algo? —invitó Diana.

—No, no se moleste.

—Tutéame y toma algo, te ves nerviosa.

—¿Yo, nerviosa? —se miró las manos y admitió—: Bueno, un poco —sonrió.

Diana movió un resorte y unos libros se desplazaron dejando al descubierto un pequeño bar en el que había variedad de botellas. Sin preguntar, tomó una de ellas y escanció el brebaje en sendos vasitos por igual, tendiendo uno de ellos a Mireya.

—Bebe, te tranquilizará.

Tomó un sorbito para saborearlo y preguntó:

—¿Qué es?

—Un excelente licor de hierbas, una especie de chartreuse.

Mireya se lo tomó de un sorbo, como para congraciarse con Diana, aunque no le agradó el sabor de aquel licor.

—Siéntate —ordenó más que invitó Diana. Abrió una caja de madera que resultó una tabaquera y tomó un largo cigarrillo que puso entre sus manos, encendiéndolo. Tras expulsar la primera bocanada de humo le dijo—: Si quieres fumar.

—Bueno —aceptó Mireya.

Diana le pasó el larguísimo cigarrillo encendido. Mireya hubiera preferido otro, pero no se atrevió a rechazar el que ya le entregaban encendido.

Mientras daba la primera chupada observó que Diana encendía otro para sí.

—Sabe un poco raro, ¿no? —comentó Mireya en tono de pregunta.

—Es que aún tienes en el paladar el sabor del licor.

—Eso será —asintió la muchacha como dispuesta a aceptarlo todo, y siguió fumando.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó Diana, que se había sentado frente por frente. Detrás de la butaca, colgada de la pared, había una horrible máscara tallada en madera de caoba. Sin duda alguna debía representar a una deidad infernal.

—Ya le dije en su día que sentía mucho la muerte de su padre.

—Sí, lo recuerdo.

—Fue horrible.

Diana aguardó un poco más y después preguntó:

—¿No lo has podido olvidar?

—La verdad es que no. Sufrí una crisis nerviosa, estuve un tiempo en Suiza, en un lugar... Bueno, no importa. Creo que mejoré, pero al regresar, fui, fui...

—Dudaba y chupó el cigarrillo como si quisiera quemarse los pulmones con el humo de aquel extraño tabaco que sabía distinto.

—Te comprendo, sigue. Tutéame, soy mayor que tú pero no tanto.

—Fui a llevarle unas flores.

—¿Al cementerio?

—Sí.

—¿Y?

—Bueno, creo que me puse un poco nerviosa.

—¿Quieres decir que pasaste miedo?

—No estoy acostumbrada a ir a los cementerios, confieso que me afectan.

—No eres la única, hay mucha gente a la que le sucede lo mismo.

—Quizás, es que estoy muy afectada por lo sucedido.

—Debes olvidarlo, ya no tiene remedio. Además, el juez consideró que tú eras inocente, la culpa fue de mi padre.

—Comprendo que es muy duro aceptar eso.

—Yo lo he aceptado.

—Gracias. Fue un accidente, luego la explosión y el fuego... nunca, nunca conseguiré arrancármelo de la cabeza. ¿De veras no te importa que haya venido a verte?

—No, en absoluto, puedes venir siempre que quieras, yo no te guardo ningún rencor.

—¿Estás casada?

—No.

—¿Vivías con tu padre?

—Sí, vivíamos los dos en esta casa.

—Es una casa un poco especial —opinó con cuidado.

—¿Te impresionan las máscaras?

—Un poco.

—Mi padre tenía como hobby coleccionar objetos de arte indígena africano, americano, precolombino y asiático del sur.

—Bueno, yo no entiendo mucho de todo esto. ¿No tienes miedo por la noche al dormir rodeada de todos estos objetos?

—No, al contrario, me siento muy a gusto con ellos. Los amuletos y fetiches que

favorecen a unos parecen dar mala suerte a otros. El número trece, por ejemplo, hay quien lo tiene como número de la suerte, y en cambio a otros sólo verlo se horrorizan.

—Es cierto, son condicionamientos culturales.

—Más o menos.

—¿Tu padre era supersticioso?

—Mi padre era un gran erudito en las materias que le apasionaban. Si era necesario recorría el mundo para encontrar un libro, un códice, un grimorio.

—¿Grimorio?

—Sí, un determinado tipo de libro que... En fin, mi padre era coleccionista, ya lo ves.

—Sí —aceptó Mireya que comenzaba a sentir una fuerte pesadez de su frente, sobre los ojos—. Tu padre, ¿qué era en realidad?

—¿Mi padre? —Mireya vio sonreír por primera vez a Diana a través del humo de los dos cigarrillos—. Era un filólogo especializado.

—¿Especializado en qué?

—En el estudio de lenguas ya desaparecidas. ¿Tienes sueño?

—Un poco.

Diana se levantó. Ella parecía muy entera, muy segura de sí, muy acostumbrada a fumar aquel tipo de cigarrillos. Tomó un almohadón grande y mullido y lo colocó adecuadamente para que Mireya pudiera descansar mejor en él.

—Recuesta la cabeza.

—No, no es necesario, me encuentro bien.

La resistencia de Mireya estaba mermada. Muy cerca de ella vio

los ojos de Diana, unos ojos cargados de intensidad.

La muchacha notaba el peso de su brazo y ya no acertaba a llevar el cigarrillo a sus labios. Diana se lo cogió y se lo fue colocando adecuadamente para que pudiera seguir fumando.

—Aspira, tranquila, suave.

—Tengo, tengo que marcharme.

—Naturalmente.

—Tengo que marcharme —insistió Mireya.

—Sí, sí tienes que irte...

El humo se fue coloreando en rojo y semejó envolverla. Fue dejando de ver a Diana y tuvo la impresión de que su cuerpo carecía de peso.

—¿Dónde estoy?

—Descansa.

La voz le llegaba lejana, tan lejana que apenas la oía.

—¿Dónde estoy? —insistió al verse rodeada por una especie de niebla densa, rojiza. Agitó sus manos tratando de dispersar la niebla y cuando creyó haberlo conseguido,

se encontró ante una figura grande y extraña, era como una especie de ángel esculpido, pero al mirarlo mejor se horrorizó: Era la representación del diablo.

—No, no, estoy soñando, es una pesadilla.

Manoteó en el aire y aparecieron lápidas, muchas lápidas, tumbas por entre las que comenzó a correr. Allí no había cruces, sólo sepulcros, siniestros panteones que semejaban desmoronarse sobre ella.

—No, no puede ser, es una pesadilla.

De súbito, la tierra cedió bajo sus pies y lanzó un grito, hundiéndose en una especie de fosa.

Esperaba sentir el fuerte golpe pero no ocurrió tal, si no que se sintió flotar en la oscuridad hasta que quedó tendida. No podía moverse.

Oyó murmullos, cuchicheos...

En lo alto descubrió un rectángulo débilmente iluminado al que varias cabezas se asomaban para verla.

—¿Dónde estoy, dónde estoy?

Movió la cabeza a un lado y al otro, percatándose de que se hallaba dentro de un siniestro ataúd.

—¡No, no, sacadme de aquí, sacadme!

Carecía de fuerzas para escapar por sí misma. En lo alto apareció un hombre de cabellos blancos, vestido de negro con cordón rojo. Sostenía un gran libro con aspecto de ser muy antiguo.

—Sierva entre las siervas, tú que te has hundido en las tinieblas del fondo de la tierra, tú que ansias ser esclava del Gran Príncipe de los Infiernos, repetirás conmigo...

—¡No, no, sacadme de aquí, sacadme!

—Repite, oh Satán, Príncipe de los Infiernos...

—¡No, nooo!

El hombre apartó el pesado libro.

Los que se hallaban arriba comenzaron a echarle puñados de tierra que cayó sobre su cuerpo. Le golpeó el rostro, cegó sus ojos y el terror se apoderó de ella.

Iba a ser sepultada viva y no sabía por qué extraño conjuro no conseguía

moverse, no podía escapar. Estaba en el fondo de la fosa,

dentro de un ataúd, recibiendo la tierra que unos seres demoníacos le echaban encima.

—¡Socorro, auxilio!

Se hizo una súbita e intensa oscuridad. Ya no veía nada, era como si la tierra ya hubiera cubierto su rostro.

—¿Qué le pasa?

Mireya abrió los ojos, tuvo intención de preguntar dónde estaba, pero se cayó al ver a la niña rubia de expresión angelical.

—Habrá sido una pesadilla —musitó para sí.

—¿Una pesadilla?

—No me hagas caso, pequeña —se disculpó—. Me habré quedado traspuesta.

—A mí me parecía que sufría, que pedía socorro.

—Es posible —admitió Mireya.

—Venga, venga conmigo, tengo un aro.

—¿Un aro?

—Sí, para jugar. Venga conmigo.

La cogió de la mano y se sintió llevada por aquella niña. Creyendo haber escapado de la desagradable pesadilla, Mireya la siguió, lanzando una última ojeada al banco de aquel parque solitario.

—No es posible —musitó—. Si yo estaba en la casa de los Estany...

—Es un aro azul, muy bonito, pero se me ha caído.

—¿Caído, dónde?

—Ahora lo verá.

La niña condujo a Mireya a la orilla del lago que había en aquel parque público, rodeado de árboles añosos. Sintió frío; sí, hacía frío. En derredor no había nadie y el cielo se encapotaba por momentos.

—Mírelo, está ahí, flota.

—Es cierto, flota en el agua. A ver si con una ramita podemos acercarlo a la orilla —
propuso Mireya.

Se hizo con una rama larga, se inclinó sobre el borde del estanque y trató de aproximar el aro de plástico azul para rescatarlo y devolvérselo a. la niña.

De pronto, sintió las manos de la pequeña en sus nalgas. El empujón fue tan súbito como violento, perdió el equilibrio y cayó al agua, hundiéndose en ella.

Un frío intenso la envolvió, tratando de alcanzar sus huesos para helarlos.

Cuando regresó a la superficie, vio a la niña en la orilla, riéndose de ella de una forma tan sarcástica como hiriente. La señalaba con su dedo como algo ridículo mientras no cesaba de reír.

En vano intentó Mireya nadar hacia la orilla para salir del lago. Era como si sus piernas y sus brazos se hubieran congelado por la frialdad intensa de las aguas.

Se hundía angustiosamente, el nivel del agua superaba su boca, no podía respirar y cuando trataba de hacerlo, tragaba aquella agua que la helaba por dentro.

—¡Auxilio, auxilio, ayúdame, auxilio!

La niña reía más y más; sin embargo, Mireya ya no oía sus carcajadas porque se hundía y ya veía a través de las aguas.

—Dios mío, Dios mío, ayúdame —suplicó mientras se ahogaba inexorablemente.

Sus pies ya tocaban el barro fino y viscoso del fondo del lago, un

lago que no era profundo pero sí lo suficiente para cubrirla por completo.

La angustia de la muerte la empujó a reaccionar, obligándola a mover brazos y piernas, pero ya no subía y sus pulmones se llenaban de aquel agua plena de microalgas que le conferían el color verdoso que ofrecía a los paseantes anónimos del parque.

CAPITULO III

Examinó la fotografía con mucha atención y después la devolvió al hombre que tenía delante, un hombre con más de cuarenta años, de barba recortada y mirar sereno.

—Sí. es ella.

—¿Seguro?

Mireya asintió con más firmeza.

—No me cabe ninguna duda, es ella.

—¿La había visto en alguna otra ocasión? Me refiero a con anterioridad a lo que le ha ocurrido en el parque.

—Pues... —hizo ademán de recordar—. Sí, creo que era ella.

—¿Ella, qué quiere decir? —preguntó el psicólogo.

—Fue en la calle, oí un frenazo, luego un golpe. Cuando me volví esa niña estaba en el suelo muerta, sangrando. Fue una visión horrible, me asusté mucho.

—¿Y qué hizo?

—Correr.

—¿Hacia dónde?

—Hacia donde me esperaban, pero...

—¿Qué?

—La niña no estaba, había desaparecido y no quedaban huellas de lo ocurrido. ¿Por qué, por qué?

—Cálmese.

—No puedo calmarme. ¿Quién es esa niña que me empujó al lago para que me ahogara?

—De nada le serviría averiguarlo.

—Quiero saberlo porque usted tiene su fotografía.

—Yo puedo decírselo, pero si usted lo comenta con alguien es posible que la manden a un psiquiatra primero y que la encierren después.

—¿En un manicomio?

—Algo así.

—Pero, ¿por qué, quién es esa niña?

—Mireya, antes de decírselo exijo de usted completa serenidad.

—Si no me lo dice, me volveré loca.

—Es posible que si se lo digo, también.

-No.

El psicólogo suspiró.

—Pese a todo, se lo diré. Creo que tiene derecho a saberlo, se trata de su vida, pero haga un esfuerzo y no lo cuente a nadie porque no la creerán.

—Escucho —dijo Mireya, cogiéndose al borde de la mesa.

—¿No se ha dado cuenta de que esta fotografía es vieja, que ahora ya no se hacen este tipo de retratos?

—Pues, ahora que lo dice...

—Esta niña murió hace treinta años.

—¡No!

Mireya tuvo la impresión de que el mundo iba a derrumbarse o de que la tierra se abría bajo sus pies para tragársela.

—Sabía que le costaría aceptarlo, pero no puedo engañarla.
—¿Cómo lo sabe? —inquirió muy despacio y casi sin voz.
—Usted no ha sido la única que ha visto a la niña en semejantes circunstancias. Cuando esta niña aparece es siempre para poner en peligro a alguien o para preceder a la muerte. Las personas que han muerto jamás podrán explicarnos que vieron a una niña de siete u ocho años, rubia y candorosa, muy sonriente, que les pedía algo. Los muertos no hablan, pero los que se han salvado como usted sí pueden contarlo. Tuvo mucha suerte de que pasara un vigilante del parque y viera sus cabellos flotando en el lago, fue una casualidad, la sacó y le salvó la vida. La trajeron a este centro de urgencias y hemos podido salvarla. Es usted joven y ni siquiera ha cogido una pulmonía. Se ha salvado gracias a que el vigilante estaba cerca, pero estuvo a punto de no contarlo, claro que mi labor era averiguar si usted era una presunta suicida o una simple accidentada.
—No fue un accidente, la niña me empujó.
—Sí, usted me lo ha contado y durante los años que estoy aquí he oído cuatro veces su historia en forma parecida.
—¿Y qué ha sido de las otras personas que la vieron y fueron atacadas como yo?
—Lo ignoro; se marcharon de aquí muy preocupadas.
—¿Y yo no podría localizar a esas personas?
—¿De qué le serviría?
— Podría hablar con ellas, trataría de hallar la verdad.
—¿La verdad sobre qué?
—Sobre esa niña, no es posible que muriera.
—¿Ah, no, y tampoco crece?
—¿Cuántos años ha dicho que representa esa niña?
—Siete u ocho.
—Eso mismo dijo una mujer que se sentó ahí donde está usted hace diez años.
—No puedo creerlo...
—Creo que hecho mal en contarle todo esto —se lamentó el psicólogo—. Pero lo cierto es que me apasiona el misterio de esa niña cuya fotografía llegó a mis manos por casualidad.
—¿Cómo, cómo le llegó?
—Estaba en la roulotte de un mago de circo. Un hombre la identificó al visitar casualmente la roulotte y acabó robando el retrato que luego me trajo aquí. Yo le pedí que me lo dejara para poder trabajar sobre él.
—¿No pasó a recogerlo?
—No, el hombre no volvió, pero yo averigüé algunas cosas, no todas las que desearía.

—¿Quién era esa niña?

—Será mejor que no hable más, la obsesionaría. Es preferible correr un tupido velo sobre este asunto y durante un tiempo no frecuente lugares solitarios yendo sin compañía.

—Quiero saber quién era esa niña —exigió, nerviosa.

—De nada le servirá.

—Se lo ruego. ¿No comprende que ahora no podría dormir sin saberlo?

—Tampoco dormirá si se lo digo.

—De todos modos, quiero saberlo.

—Está bien. Era la hija de un mago de feria, un hombre que recorría el mundo con su bagaje de ilusiones. No he podido averiguar mucho sobre ese personaje.

—¿Cómo se llamaba?

—El mago Noraa.

—¿El mago Noraa? No lo he oído, jamás.

—Actuaba por todo el mundo, siempre sin ser una primera figura. Se retiró después de la muerte de su hija.

—Y la niña, ¿cómo se llamaba?

—Según escribieron en la fotografía, Anaid.

—¿Anaid? Un nombre un poco raro, ¿no?

—Sí, es una historia extraña que no se puede contar y menos por mí que soy un psicólogo que en este hospital atiende a las urgencias cuando estoy de guardia. Escucho a los posibles suicidas, me refiero a los que han fracasado en su intento porque los otros, desgraciadamente, pasan a la sala de autopsias. Si hay drogas en la sangre o antecedentes, pasa a mi colega psiquiatra, pero en principio yo hago un sondeo. Está visto que su caso no es suicidio. —Suspiró una vez más. —¿Le parece que en el informe ponga «caída accidental»?

—¿Por qué caída accidental? Fue la niña la que me empujó al agua para asesinarme, fue ella.

—Si pongo que fue la niña, me veré obligado a enviarla al psiquiatra. Lo comprende,

¿verdad? Esa niña murió hace treinta años y eso no se puede sostener ante un juez que exige claridad. El la enviaría a un centro especializado, ya me entiende.

—Sí, claro. De acuerdo, ha sido un resbalón accidental, pero, por favor, ¿me dará los nombres de quienes han visto a la niña antes que yo?

—¿Para formar una especie de club o asociación de personas perseguidas por la niña?

—No es eso, es para saber por qué me ataco.

—Está bien, pero no diga que he sido yo. Tome nota usted misma, no quiero que mi letra se pueda identificar. Compréndalo, usted podría mostrar la lista al director del hospital y me cesaría de inmediato; no obstante, accedo a su petición porque entiendo que no es un caso normal, es. algo excepcional. Yo he tratado de averiguar más de lo que sé pero no he conseguido nada; quizás usted, siendo directamente afectada, tenga más suerte, pero le prevengo que la muerte ronda a quienes ven a esa niña, quizás ella misma sea la Muerte...

CAPITULO IV

—¿No crees que hubiera sido mejor pasar el fin de semana en otra parte?

Mireya miró a Tony de reojo y siguió fumando antes de responder con calculada parsimonia:

—Te dije que no era preciso que vinieras.

—Te hubieras ido sola.

La réplica del hombre era un reproche y Mireya dijo en tono de disculpa:

—Tengo que visitar a ese hombre.

—¿Por qué, por qué es tan urgente?

—Lo necesito. Tony, lo necesito y te agradezco que me acompañes. Últimamente estoy muy nerviosa.

—Te hace falta tiempo para olvidar.

—Tengo la impresión de estar bajo un influjo maléfico.

—A estas alturas no creerás en brujerías, ¿eh?

—No, no creo en brujerías, pero no me atrevería a burlarme de esas cosas.

—¿Miedo?

—Todos sentimos miedo a lo desconocido y que unas personas tienen más poderes que otras, eso es innegable.

—Simplemente unas están más seguras de sí que otras: Además está el factor
inteligencia, el factor suerte y el factor intuición.

—Lo admito, y también está que otras personas somos más influenciables que otras.

—¿Conoces la teoría de que sólo recibe daño el que cree que va a recibirlo?

—¿Te refieres a que daña así mismo?

—Exactamente, es como los que creen en el mal de ojo o en las maldiciones. Eso ocurre especialmente en la raza negra que todavía está muy pendiente de una religión más trivial y primitiva. Si alguien lo maldice, sucumbe, no por el daño que su enemigo pueda causarle directamente si no porque se daña a sí mismo, entra en depresión y se autodestruye.

—¿Piensas que me estoy dañando a mí misma?

—Lo que creo es que estás pasando un mal momento, una época de moral baja. Oscureció, el sol se ocultó antes debido a las nubes. Aquella noche no habría estrellas.

Tony encendió los faros y redujo un diez por ciento la velocidad.

Se desviaron de la carretera general para adentrarse por una secundaria bordeada de árboles que la hacía más umbría. Los faros iluminaban los troncos de los árboles, unos troncos que constituían un peligro mortal para los automovilistas que perdieran el sentido de la dirección.

Cruzaron dos pueblos antes de llegar a la población que deseaban.

Comenzó a llover. Tony rodó lentamente, buscaban el número de la casa que Mireya tenía anotado, una casa protegida por antiguas arpadas de piedra.

Estacionó el vehículo y los dos se apearon apresuradamente para escapar de la lluvia. Llamaron a la puerta y aguardaron.

—¿Quién es? —preguntaron desde el interior.

—Buenas noches. ¿Vive aquí el señor Val? —dijo Mireya.

Se abrió la puerta tras descorrerse los chirriantes cerrojos. Un hombre envuelto en

una gruesa bata
les examinó con
recelo.

—¿Quiénes son ustedes?

—No nos conoce. El psicólogo doctor Vergés me dio su dirección.

—¿El doctor Vergés, y para qué? —insistió, como negándose a que cruzaran el umbral de su casa.

—Yo tuve un problema parecido al suyo, señor Val, y quería hablar de ello. Si le parece, entramos o vamos a un café.

—Está bien, pasen.

Tony no puso objeciones,, aunque no le agradaba hacer aquella visita.

Subieron unas empinadas escaleras cuyos peldaños tenían rebordes de madera. Cruzaron otra gruesa puerta y accedieron a una sala caldeada por una chimenea donde ardían los troncos.

—Les presento a mi hermana, no hace falta que le hablen, es sordomuda. Siéntense, siéntense.

Aquel hombre habló con las manos a su hermana y ésta sonrió, luego se levantó y se alejó.

—Señor Val, no he venido a molestarle. Me llamo Mireya y mi compañero, Tony, de nada serviría darle nuestros respectivos apellidos. A mí me ocurrió un extraño suceso con una niña llamada Anaid.

—¿Una niña?

—Sí, rubia, de siete u ocho años.

El rostro de aquel hombre se transformó, Tony y la muchacha se percataron de ello.

—No sé de qué me habla.

La hermana sordomuda reapareció llevando una bandeja en la que había unas tazas, café y una botella de coñac. Sonrió mucho al ofrecérselo y preparar las tazas constituyó un espacio de tiempo en el que aquel anciano receloso consiguió rehacerse.

Tony tomó café y coñac, se sintió mejor y se acomodó en la butaca dispuesto a escuchar. No deseaba intervenir, a menos que tuviera que hacerlo en apoyo de Mireya.

—Sé que usted pasó por una desagradable experiencia con una niña.

—¿Qué sabe usted de eso?

—Que esa niña, es perversa.

—Yo nunca he querido hablar de ese incidente.

—La niña le atacó, ¿verdad?

—Sí, pero hace años de eso.

—¿Cuántos?

—Cinco o seis, ya no me acuerdo. ¿Por qué tiene tanto interés?

—Esa niña estuvo a punto de conseguir que me ahogara. Tuve suerte y un vigilante me salvó. Me mostraron una fotografía de la niña y la reconocí.

El hombre, que llevaba una bufanda alrededor del cuello, apartó ésta y pidió:

—Miren mi garganta.

Mireya sintió un escalofrío al ver la enorme cicatriz en el cuello del hombre.

—¿Qué le pasó?

—Me lanzó un tajo con una navaja barbera condenadamente afilada, pero tuve suerte, la niña no se salió con la suya.

—¿Cómo pudo hacerle eso? —preguntó Tony, estremeciéndose.

—Estaba en un parque público. La niña rubia se me acercó llorando y me dijo que su aro se había caído detrás de unos setos. Yo la vi tan triste que me acerqué al seto para

buscar el aro.

—¿Un aro azul? —preguntó Mireya.

—Sí, ¿cómo lo sabe?

—Yo también vi un aro azul.

—Parece que sí es la misma niña

—asintió el señor Val. Tony

opinó:

—Es horrible lo que cuenta.

—Pues, es cierto. Por poco quedo degollado como un cerdo, pero no me seccionó la yugular y me salvé de milagro.

Mientras la hermosa sordomuda reanudaba su labor de calceta frente a un televisor cuyo sonido no podía oírse, Tony inquirió:

—¿Y qué pasó con esa niña?

—Desapareció. A mí me salvaron en el hospital, conté la historia y estuvieron a punto de darme por loco, pero un psicólogo creyó en mi.

Mireya preguntó:

—¿El doctor Vergés?

—Sí, fue él.

—También ha creído en mí, incluso me mostró la foto de la niña que me empujó al lago.

—¿Y cuándo ocurrió ese hecho, me refiero a los años?

—Hace pocos días.

—La niña será una muchachita.

—Sigue siendo una criatura de siete u ocho años.

—Eso es imposible.

—No, no lo es.

—¿No se tratará de niñas distintas? Median varios años entre ambos sucesos.

—Sí, y entre otros sucesos en los que también ha participado esa niña.

—¿Me está hablando de algo infernal?

—No lo sé —confesó Mireya. Tomó un poco de café e inquirió después: —¿Por qué cree que le atacó la niña?

—Lo ignoro. Creo que la policía dio una batida por los alrededores y preguntó por los colegios cercanos, pero no obtuvo ningún resultado.

—¿Y la navaja barbera?

—Eso es lo más grave —explicó el señor Val que, de vez en cuando carraspeaba como si fuera un bronquítico crónico.

—¿Por qué es lo más grave? —quiso saber Tony.

—La navaja era mía, sí, mía, aunque parezca increíble. Había salido de mi cuarto de aseo, la reconocí porque la encontraron

manchada de sangre junto a los setos.

—¿Y qué explicación da usted a eso?

—Ninguna, pero la policía y el juez quisieron dar a entender que había intentado suicidarme. Ofuscación momentánea, enajenación pasajera, por poco quedo en los registros de la justicia como un esquizofrénico. Yo nunca he estado loco, soy el tipo más cuerdo y cartesiano que nadie haya visto jamás. Acusarme de esquizofrénico, hum...

¿Quieren un poco más de coñac?

Sonó el llamador de la puerta y una luz lanzó unos destellos que servían como advertencia para la sordomuda.

—Un momento, alguien viene a molestarme. Es una noche de perros. ¿Ya tienen

ustedes
lugar
donde
dormir?

Hizo aquella pregunta sin esperar respuesta al tiempo que se encaraba con su hermana y le hablaba con las manos, dándole a entender que iba a ver quien había llamado. La sordomuda asintió con la cabeza y siguió con su calceta.

Tony y Mireya se miraron entre sí; esta última observó:

—Parece un hombre difícil.

—Y esa historia de la niña, en fin, no la entiendo.

—Nadie puede entenderla siempre que se intente estudiar este caso desde la racionalidad.

—¿De veras habláis de la misma niña?

—Sí, hablamos de la misma niña.

Pasaron unos minutos, la oleada de frío llegaba por la escalera que conducía a la puerta.

La sordomuda se levantó, mirando preocupada en derredor. Mireya y Tony sintieron sobre sí la mirada inquisitiva de aquella muchacha que tenía dificultades para expresarse. Esta optó por marchar hacia la escalera, desapareciendo por ella.

—¿Crees que alguien puede oírnos? —preguntó Mireya.

—No lo sé, quizás haya un magnetófono oculto.

—¿Para qué?

—Nunca se sabe. De todos modos, creo que no.

—Tengo un mal presentimiento, Tony, sería mejor marcharnos de esta casa.

—¿Ahora, de noche y lloviendo como llueve?

—Sí. Te pareceré estúpida, pero... Sería mejor no pasar la noche en este lugar, hay algo, algo que no acierto a explicarte...

Mireya no pudo proseguir, la sordomuda acababa de reaparecer.

Estaba como enloquecida, una locura silenciosa y doblemente patética. Abría la boca y era como ver a un pez a través del cristal de un acuario.

Abría la boca, mas hasta ellos no llegaba lo que parecía querer gritar.

—¿Qué le pasa, qué sucede? —inquirió la joven, dándose cuenta de que aquella mujer demandaba ayuda en medio de un clamor que sólo su mente podía escuchar.

—Voy a ver qué ha pasado —dijo Tony, bajando rápidamente las escaleras.

La puerta de la casa estaba abierta, llegaba el ruido de la lluvia que caía con fuerza sobre el asfalto, sobre el empedrado y sobre el

techo metálico de los automóviles.

No tardó en descubrir el cuerpo de Val.

Yacía en el mismísimo umbral. La sangre manchaba el suelo del porche, era un gran charco de sangre, pero la cabeza del hombre no estaba, había desaparecido.

—Tony, ¿qué ocurre? —gritó Mireya.

—¡No bajes, no bajes!

Subió los peldaños de tres en tres para evitar que la joven pudiera ver el cuerpo decapitado.

—¿Qué ha pasado?

Tony la abrazó al tiempo que decía:

—Es mejor que no lo veas.

—¿El qué?

—Val ha muerto. Su asesinó es quien ha llamado a la puerta.

—¿Quién, quién ha sido?

—Llamaremos a la policía. Tranquilízate, deja que sea la policía quien lo aclare todo,

no toquemos nada, siéntate.

Se acercó al teléfono después de cerrar la puerta de madera que aislaba la sala de la escalera al' pie de la cual yacía el cuerpo decapitado de un hombre que había abierto su casa a la mismísima muerte.

CAPITULO V

El comisario Bernard les interrogó por separado y largamente. Era un cincuentón incansable para el cual el tiempo no parecía contar.

—Pero, ¿de qué le conocía usted? —insistió por enésima vez.

—Ya se lo he dicho, un amigo común me dijo que vivía aquí. El tuvo un desagradable suceso hace años que coincidía con lo que a mí me ocurrió —repitió Mireya bajo la inquisitiva mirada del comisario.

La muchacha tuvo la impresión de que aquel hombre se preguntaba si ella estaba loca.

En su interrogatorio, Tony respondió:

—No le conocíamos de nada. Llamaron al timbre y nos quedamos sentados junto a la mujer sordomuda. Ella fue a ver lo que ocurría y después bajé a inspeccionar y descubrí el cadáver.

—¿No sospecha de nadie?

—Le juro que no. Además, no conozco a nadie en este pueblo.

—Eso es tanto como presuponer que el asesino vive aquí —le observó el comisario Bernard.

—Bueno, yo no sé qué pensar, no se me ocurre nada. Ignoro por qué podrían querer asesinar a ese hombre, ni siquiera sé si era bueno o malo, generoso o perverso. Sólo pienso que se trataba de un sujeto difícil por las pocas palabras que crucé con él.

—Lo que habría que encontrar es la cabeza del señor Val.

—Sin duda se la ha llevado el criminal.

—¿Y para qué? —inquirió el policía.

—Lo ignoro.

—¿No se le ocurre nada?

—No, no se me ocurre nada. Desconozco quiénes pueden ser los enemigos del asesinado señor Val.

—Está bien, ustedes tienen una coartada perfecta, se hallaban junto a la hermana de la víctima, pero quizás llegó alguien más con ustedes en el coche.

—Puede estar seguro de que no.

Fue al mediodía cuando Mireya y Tony subieron al coche y lo pusieron en marcha para alejarse de aquel pueblo, ahora conmovido por el brutal asesinato de uno de sus habitantes.

No llovía pero el cielo seguía encapotado. Las calzadas estaban mojadas y abundaban los charcos y el barro junto a los arcenes.

—No sé si la policía seguirá molestándonos —rezongó Tony mientras dejaba atrás la población y enfilaba por la angosta carretera bordeada de frondosos árboles que casi impedían ver el cielo, un cielo ahora gris oscuro que mantenía su amenaza de tormenta.

—Ojalá encuentren pronto al criminal.

—¿Crees que puede tener algo que ver con lo que te ha sucedido a ti?

—¿La niña Anaid?

—Sí.

—No, no puedo creerlo.

—La verdad es que yo tampoco puedo creerlo —admitió Tony que permanecía atento a la conducción—. Sólo trato de hallar una explicación a lo sucedido. Un asesino por

interés, mata, pero sólo un loco se lleva la cabeza de su víctima.

—¿Y respecto a lo que ocurrió, la cicatriz que tenía en el cuello?

—Me inclino a suponer que fue un suicidio frustrado.

—El dijo que la niña le atacó.

—Una historia casi inverosímil. He oído contar que algunos suicidas no recuerdan nada de su propio intento de suicidio, es como si corrieran un tupido velo sobre el hecho y luego pueden inventarse cualquier historia que estará lejos de una realidad que ya no recuerdan.

—Eso es tanto como decir que yo he intentado suicidarme.

—¿Tú? Bueno, yo considero que lo tuyo fue un accidente, caíste al lago y estuviste a punto de morir ahogada.

—¿Y la coincidencia de la aparición de la misma niña?

—No sé, quizás ese psicólogo del que habéis hablado ha influido en los dos.

—¿De qué forma?

—No lo sé, soy muy escéptico pero también podría llegar a creer en la transmisión mental de imágenes.

—¿Una telepatía fotográfica?

—Más o menos.

—¿Quieres decir que el psicólogo podía estar imaginando a la niña y que yo la vi en mi mente?

—Es una posibilidad, ¿no?

—No, no, yo fui empujada por la niña. Además, he visto su fotografía y es ella, es ella.

—Una niña que, según me has contado, murió hace treinta años. Mireya suspiró profundamente, se sentía hundida.

—¿Crees que me estoy volviendo loca?

—Creo que los sucesos que estás viviendo te afectan sobremanera pero te repondrás.

—Quizás sería más sensato que nos separáramos durante un tiempo.

—No seas tonta. Si tienes problemas no es precisamente el momento para que yo te deje. Cuando estés totalmente tranquila, dueña de ti misma, sin problemas nerviosos, en ese momento y no en otro, si deseas dejarme tendré que aceptar que no soy tu tipo. Ahora, aunque me rechazaras, yo no te dejaría porque sé que necesitas ayuda.

—Podemos hacer una nueva comprobación.

-¿Cuál?

—Hay más personas que vieron a esa niña asesina.

—¿Por qué no lo olvidas? Ya has visto lo ocurrido, parece que

hemos traído la desgracia a ese pobre hombre.

Mireya dejó de hablar. Sacó un cigarrillo y comenzó a fumar, pensativa. Si la policía no iba a dar carpetazo al terrible asesino, ella tampoco lo haría.

La misteriosa niña se había introducido en su vida de una forma trágica y averiguaría lo que significaba.

De pronto, a su mente acudió la imagen de la mujer que vivía en la oscura casa guardada por el feroz doberman que la obedecía ciegamente.

Recordaba haber visitado a la hija de Estany, el viejo al que ella matara accidentalmente. Intentó rememorar lo que habían hablado y no lo consiguió.

Ella había ido a visitarla como para disculparse de algo de lo que en cierto modo no era culpable, pero había sentido la necesidad de ver a la hija del muerto.

Recordó también su visita al cementerio, la tumba en la que dejara las flores, lo que

había sucedido... Se preguntó si también había sido una especie de macabra alucinación.

Los pensamientos se sucedían uno tras otro en su mente, el humo del cigarrillo semejaba la niebla que envolvía todos los inquietantes acontecimientos, y no estaba en absoluto segura de lo que era cierto o simple alucinación.

Sintió un frío intenso al pensar que podía ser encerrada en un manicomio y se dijo que en adelante debía cuidar sus palabras, sus manifestaciones.

Primero estaba la muerte del viejo Estany, luego lo sucedido en el cementerio, su incidente en el lago donde había estado a punto de ahogarse y por último, la trágica muerte de Val, una muerte horrible que daría que hablar en los periódicos por la inexplicable desaparición de su cabeza.

¿Qué ocurriría en un futuro próximo? Sólo Dios y Satanás podían saberlo.

—Estás muy callada, Mireya. ¿Pensando en la niña?

CAPITULO VI

Miró la hora en su reloj.

—Las diez de la mañana.

El sol rasgaba las nubes con timidez, se asomaba entre ellas como queriendo imponerse sin llegar a conseguirlo del todo.

No deseaba estar mucho tiempo sola en aquel apartamento totalmente vacío, o más exacto sería decir que estaba desnudo por dentro y la desnudez de la vejez resultaba poco agradable.

Trató de preguntarse cuántos años tendría aquel edificio. Para consolarse se dijo que un castillo podía tener más años, aunque también el estilo y la belleza arquitectónica resultaban muy distintos.

Decididamente, no le gustaba aquel apartamento.

Recorrió una y otra vez el apartamento que tendría sobre los ciento veinte metros cuadrados, quizás algo más. Se paseaba tratando de buscar en su mente soluciones para hacerlo acogedor.

Estaba dispuesta a no quejarse a Tony del apartamento. Esperaba que sólo estuvieran un tiempo allí o posiblemente, nunca llegaran a vivir juntos en aquel lugar. Ella seguía viviendo en un habitación que tenía alquilada y Tony, con unos parientes.

La llamada la sacó de su ensimismamiento. Fue a abrir la puerta y se encontró con un rostro joven y sonriente.

—Hola, Mireya, he sido puntual, ¿eh? Sólo diez minutos de retraso. Chica, qué grande es esto, ya no se hacen apartamentos como éste, bueno, sólo para millonarios.

Loli entró en el apartamento casi como un huracán de alegría de vida. A Mireya le agradó la presencia de su amiga porque le subió el ánimo.

Loli recorrió el apartamento con una vitalidad que Mireya envidió en aquel instante. Loli era una joven delgada, menuda, y usaba unas grandes gafas de cristales muy redondos a través de los cuales lo miraba todo con optimismo.

Su cabeza parecía más grande debido a la abundancia de ricitos y sus pasos eran ruidosos porque golpeaba el suelo con fuerza, casi clavando sus tacones que parecían de metal.

—Chica, este apartamento en una momia. Menos mal que está alto y entra luz por la fachada y la parte posterior. Si llega a ser bajo, tienes que pasearte con una vela arriba y abajo.

—Hay luz.

—Sí, claro, hay luz. ¿Pensáis vivir aquí mucho tiempo?

—Con franqueza, no lo sé.

—Las puertas son demasiado grandes y las ventanas no resultan artísticas precisamente, son antiestéticas. La verdad es que a mí me gusta lo moderno, la estructura de las ventanas ha de ser más horizontal y menos vertical, pero ¡qué le vamos a hacer!

—¿Y cómo podría arreglarse?

—Pondremos cortinajes, muchos cortinajes. Los cortinajes en las casas son como las salsas en las comidas, ocultan verdaderas porquerías, carnes y pescados que no saben bien. Cuando pidas un buen plato que desees saborear, que no te pongan salsas ni

mahonesas encima porque te vas a tragar lo que mejor sería echar a los cerdos.

—¿Tan mal está la casa?

—No, mujer, es que soy un poco bromista; pero, pese a lo que acabo de decir, pondremos cortinas para disimular la forma de las ventanas. Verás como con cortinas adecuadas daremos la sensación de que son más anchas y las estancias ganarán en comodidad, claro que todo dependerá de lo que penséis gastar. Ya sabes que soy tu amiga y haré lo que pueda para abaratar costes.

—Comprendo. Imagino que a los decoradores os gusta que os den libertad total, incluida la económica, para que podáis luciros.

—Sí —suspiró Loli—, pero como eres mi amiga te confesaré que esa libertad total para decorar sólo la consiguen los superafortunados. Como no te contrate a un jaque árabe o un cantante de moda...

—Bien, veamos qué es lo que puedes hacer. La verdad es que yo no tengo ánimos para nada.

—Si ya de entrada no te gusta el nido en el que vas a meterte, malo.

—Digamos que es una necesidad.

—Lo comprendo. Hoy día en la ciudad no se escoge lo que se desea, si no lo que se puede. Está todo muy claro, lo mismo de compra que de venta. Revisaremos estancia por estancia, tú me vas diciendo lo que deseáis y yo haré croquis. Si te parecen bien, los haré luego en mi taller y cuando los tenga listos, te los presentaré. Si los aprobais, pondremos manos a la obra para que os pinten, empapelen, coloquen cortinajes, luces, sonido.

—¿Sonido?

—Sí, claro, hoy en día no hay apartamento que se precise que no tenga un buen montaje de sonido estéreo y alta fidelidad en las principales estancias. Hay que colocar música ambiental, eso es muy relajante.

—Es verdad, pero eso lo consultaré con Tony.

—¿Le va bien lo de la radio?

—Sí, es técnico especialista en emisoras FM, prometen mucho.

—Va por libre, ¿no?

—Sí, quizás algún día acepte el cargo de jefe técnico en alguna emisora joven, porque él es muy joven todavía.

—Es ingeniero, ¿verdad?

—Sí, ingeniero electrónico.

—¿Y os vais a casar al estilo burgués o vais por libre?

—Creo que nos casaremos, pero todavía no.

—Bueno, es vuestra vida, os deseo suerte —dijo Loli, dándose cuenta de que Mireya no deseaba hablar de su íntima.

Loli era una mujer intrínsecamente activa, quizás su vida amorosa o de pareja no tuviera mucha intensidad. Vivía de una forma distinta que Mireya y, sin embargo, ambas congeniaban, quizás porque ninguna de las dos intervenía en la vida personal o profesional de la otra.

—¿De veras te parece bien? —preguntó Loli tras mostrarle los dibujos que había hecho casi al vuelo.

—¿Te parece que vayamos a comer juntas?

—Pues claro —aceptó Loli.

Mientras terminaban la comida, Loli comentó:

—Tengo la impresión de que has aprobado mis croquis borrador porque te interesa muy poco lo que haga en ese apartamento.

—Sí me interesa, tal como lo vas a dejar tú se verá más cómodo, más agradable. Desnudo, sin nada dentro, lo veo muy hostil.

—Y no te falta razón, ahora es hostil pero cambiará. Creo que he sido demasiado cruda en mis exposiciones, tenía que haberme dado cuenta de tu moral y veo que está muy baja, quizás por debajo de cero.

—Estoy confundida, Loli, muy confundida.

La joven y activa decoradora vio dolor en el rostro de su amiga y también una súplica de ayuda.

—Vamos, cuenta, si puedo ayudarte lo haré, pero no serías la primera que al pensar que se va a unir a un hombre le coge miedo y más cuando se acerca la fecha. A las burguesitas, la crisis fuerte les da la noche antes de la boda, algunas esperan a la mañana siguiente y cuando ven el vestido de novia, se les pasa. Yo creo que ese vestido sirve para que la novia se olvide de todo y piense sólo en si misma, en lo guapa que va estar. Se excita su vanidad y se olvida de lo demás, no creo que esté emocionada por ir hacia los brazos del hombre amado. Lo que ella piensa es que va a ser la reina de la fiesta, la más bonita de todas. Sólo la novia tiene el privilegio de destacar aunque sólo sea por un día en toda su puta vida y perdona. Ha de ser la más atractiva de todas y llevar el vestido más hermoso, halagar su vanidad para que no se acuerde de nada más.

—¿Eres feminista?

—¿Se me nota?

Mireya sonrió con algo de tristeza.

—¿Qué más da?

—Eso es, ¿qué más da?

—Tengo problemas, Loli, muchos problemas.

—Si Tony no te interesa, olvida el apartamento y se terminó el problema.

—No es eso. Tony me interesa y mucho, lo amo.

-¿Y él a ti?

—Creo que también, pero no es eso lo que me preocupa.

—¿El qué, entonces?

—Es difícil de explicar. Si te lo cuento, pensarás que estoy loca y te apartarás de mí.

—¿Loca? —Loli se rió, quitándole gravedad a la situación—. Si no estuvieras loca como yo, como todos los imbéciles que vivimos en la ciudad, serías anormal, querida. Lo normal es estar chiflado, si no, sal a la calle y fíjate en la gente... Eso es normalidad.

—No te burles, esto es muy serio.

—Está bien, Mireya, cuéntame lo que quieras si es que deseas explicarme algo. Quizás busques a otra persona de más confianza.

—Te lo contaré por encima, sé que no lo vas a entender y que pensarás que estoy loca, pero has de prometerme que no se lo dirás a nadie.

—Palabra, cuenta con ello, lo que es por mi no van a venir los loqueros a secuestrarte.

Mireya comenzó a relatarle los extraños sucesos acaecidos; habían terminado de comer y paseaban por la calle.

—¿Te sientes mejor ahora? —preguntó Loli después de haberla oído.

—Un poco, pero... —Se volvió hacia ella—. No te has creído nada, ¿verdad?

—¿Y por qué no iba a creérmelo?

En aquel instante, Loli vio una súbita transformación del rostro de su amiga. Sin duda acababa de ver algo que casi la había transformado y volvió la cabeza para seguir la mirada de Mireya.

—¡Es ella, es ella! —casi gritó, señalando un automóvil que no era otra cosa que un taxi.

—¿Quién es ella? —preguntó Loli.

—¡La niña, la niña, Anaid, es ella!

Señaló el cristal posterior del coche. Loli pudo ver la cabeza de una niña rubia, fue una visión fugaz, demasiado rápida para captar detalles de aquel rostro.

—¿Estás segura?

—Sí, es ella... ¡Hay que seguirla, hay que cogerla, es ella! El taxi se alejó y no había otro cerca para poder seguirlo.

—¿Y tu coche, Loli?

—Está aparcado por ahí.

—¡Se ha escapado!

—¿Y seguro que era ella? Hay muchas niñas rubitas.

—Era ella, seguro, jamás se me borrará su cara, su expresión. Estoy segura de que no me crees, pero esa niña me acosa, Loli, quiere matarme, lo sé, quiere matarme.

—¿Una niña?

—Está bien, si no me crees a mi, acompáñame.

—¿Adónde?

—¿Te importa hacer algunos kilómetros? Te pagaré la gasolina.

—¿Como cuántos kilómetros? —preguntó, al borde del susto.

—Unos cientos.

Loli silbó, entre admirativa y asustada.

CAPITULO VII

Loli abrió la tapa del motor de su utilitario. Salía un humillo oloroso que le hizo exclamar:

—¡Está que arde!

—¿Le ha pasado algo? —preguntó Mireya.

—No acostumbro a hacer tiradas tan largas y menos pisando el acelerador. La verdad es que tema que comprarme otro coche, éste ya está muy carroza, pero le tengo cariño, ¿sabes? Mucho cariño y he de mimarlo para que no se muera de infarto por alguna carretera.

—¿Podremos regresar?

—Claro, sólo hay que esperar a que se le pase el sofocón. Luego le doy un poco de jarabe aceitoso y agua de la cantimplora y se pone alegre de nuevo.

Se hallaban en el estacionamiento que había enfrente a la entrada de la residencia psiquiátrica. Allí estaban aparcados los automóviles de doctores, enfermeras y sanitarios auxiliares del centro.

Entraron en la recepción.

Mireya se vio obligada a rellenar una ficha que una enfermera se llevó consigo sin hacer preguntas; todo tenía que estar por escrito.

—Si no eres pariente, no te dejarán verla. Además, no hemos venido en horas de visita.

Mireya cuchicheó a la oreja de Loli para que sólo su amiga pudiera oírla.

—He escrito que soy sobrina suya y que estoy de paso por el país porque tengo que marchar a Italia.

—Esperemos que no descubran el rollo porque nos van a encerrar en una celda acolchada y ésas me dan más miedo que las de piedra de la cárcel.

—Esperemos que eso no suceda. Yo sí tengo miedo de que me encierren, empieza a ser una de mis pesadillas.

—Aguarden un momento —dijo la enfermera de recepción que regresó sonriente. Al cabo de unos minutos apareció otra enfermera que les pidió que la siguieran.

—La señora Santiveri no la recuerda, habrá de tener un poco de paciencia con su



tía.

—Oh, sí, claro, hay que comprender sus especiales circunstancias —dijo Mireya. Loli preguntó:

—¿Es agresiva?

—En absoluto, es una mujer muy simpática que tiene sus momentos de silencio y otros de locuacidad. Yo creo que el doctor estará pensando ya en darle el alta, ha pasado mucho tiempo aquí y se encuentra muy bien.

No hicieron preguntas a la enfermera que las condujo a una habitación que estaba muy bien iluminada, con una cama hecha impecablemente.

Allí había una butaca en la que estaba aposentada una mujer de unos cincuenta años, pero tenía todo el cabello canoso, lo que la envejecía más años de los que realmente tenía.

—Tía, qué ganas tenía de verte.

Mireya la besó en ambas mejillas en presencia de Loli y la enfermera para darle

naturalidad a la situación.

La enferma miró a Mireya a los ojos, no dijo nada, quizás se preguntaba a sí misma si estaba sufriendo una de sus crisis.

—He venido a verte antes de proseguir viaje hacia Italia. Ah, Loli es mi amiga, una excelente decoradora.

—Bueno, las dejo. Si necesitan de mí, llamen al timbre —dijo la enfermera al ver que la situación era tranquila.

Loli se sentó en el borde de la cama y Mireya tomó una silla, sentándose frente por frente a la enferma mental.

—Usted me entiende bien cuando le hablo, ¿verdad, señora Santiveri?

—Sí, claro —respondió lentamente—. Dicen que estoy loca porque me coge angustia y tristeza, pero no soy estúpida; usted no es mi sobrina.

—Tiene usted razón, no soy su sobrina y le agradezco que no me haya delatado a la enfermera.

—No lo he hecho por usted, señorita. Aquí los médicos y las enfermeras siempre dan primero la razón a los visitantes y si yo la hubiera acusado de falsedad, me habría expuesto a la ducha fría y no me gustan las duchas de agua fría. He de ser muy cautelosa. Desgraciadamente, los razonamientos de los que llaman locos no son escuchados ni atendidos.

—No tema, no hemos venido a que la hagan ningún daño —le dijo Mireya.

—Está usted manos loca que la gente que conozco —confesó Loli con sinceridad.

—Señora, ¿se acuerda usted del psicólogo doctor Vergés?

—No, no me acuerdo.

—¿Ha visto a muchos?

—Veo a muchos médicos y no sé sus nombres, no me los dicen.

—Señora, yo me encontré con una niña.

—¿Una niña? —repitió interesada.

—Sí, una niña que había perdido su aro azul. Cuando se lo recogí, me empujó, haciéndome caer a un lago para que me ahogara. Estuve a punto de morir. Me salvaron ya inconsciente y en el hospital creyeron que había querido suicidarme. La niña no apareció por parte alguna, pero fue ella la que trató de asesinarme.

—¿Por qué cree que yo sé algo de esa niña? —inquirió, grave y recelosa.

—Porque el doctor Vergés me explicó que yo no había sido la única persona atacada por esa niña desconocida.

Aquella mujer las miró intensamente y Loli comenzó a darse cuenta de que la
expresión de sus ojos cambiaba, cambiaba hasta el punto de que se asustó.

—Mireya, será mejor que...

La mujer se levantó bruscamente y lanzó un grito que sonó acuchillante. Mireya fue empujada hacia atrás por un manotazo que le dio.

Loli se acercó a la paciente tratando de calmarla y también fue brutalmente empujada hasta el punto de que se golpeó contra la pared, quedando aturdida.

Aquella mujer, puesta en pie, daba manotazos en derredor y sus chillidos eran horribles, ensordecedores.

Mireya se rehízo y trató de coger a la mujer para sujetarla y pedirle que se calmara, pero la paciente parecía haber cobrado una fuerza excepcional, una fuerza contra la que ella no podía y los golpes que recibió en la cara mientras aquella enferma gritaba en su crisis psicopática la hicieron tambalearse cuando entraron dos

enfermeros que, conociendo muy bien su trabajo, lograron reducirla. Casi inmediatamente detrás, entró una doctora que les ordenó:

—Ustedes fuera, por favor.

La doctora tenía ya en la mano una aguja hipodérmica que goteaba. La jeringa estaba lista para inyectar en el cuerpo de la mujer que, aunque sujeta, seguía gritando.

Loli y Mireya, ya en el pasillo, se miraron. Especialmente a Mireya, se le notaban los golpes en la cara.

—Creo que me va a salir un chichón en la cabeza —dijo Loli tratando de sonreír. Mireya correspondió a la sonrisa y alargó sus manos para colocarle las gafas bien, pues las llevaba torcidas.

La doctora volvió a salir, con gesto ya menos endurecido.

—Ahora descansará. —Miró el rostro de Mireya y lo tocó con sus dedos—. Acompáñeme, le curaremos eso, aunque es posible que mañana tenga unos moretones visibles. Tendrá que usar un poco de maquillaje para disimularlo.

—No importa.

Caminaron por un amplio corredor muy bien iluminado donde el blanco predominaba.

—Hacía tiempo que Santiveri no tenía una crisis como ésta.

—Se ha puesto muy violenta y ha empezado a gritar, pero no ha dicho nada.

—¿Conocen su caso?

—No —respondió Mireya, sincera.

—Hace ya años que sufrió su primer ataque de locura, fue en un parque público. Por suerte, había un médico cerca que consiguió calmarla, hubiera podido lanzarse contra Dios sabe qué o salir a la calle y quedar bajo un coche. ¿No es usted pariente suya?

Mireya prefirió seguir la mentira que había utilizado para introducirse en el sanatorio psiquiátrico.

—Pariente muy lejana.

—Lo que ocurrió es que creyó que una niña le lanzó encima una serpiente larga, negra y venenosa, es lo que cuenta. Posiblemente tiene un trauma respecto a las serpientes, es bastante común entre determinado tipo de mujeres.

—¿El doctor no vio a la serpiente?

—No, no se encontró a ninguna serpiente y, por supuesto, ella no fue mordida por ningún reptil, todo fue producto de su imaginación.

—¿Y la niña? —preguntó Mireya.

—La niña sólo existía en su mente, nada más. Habló mucho de ella.

—¿Y cómo era esa niña? —inquirió ahora Loli tras lanzar una mirada a su amiga.

—Una niña de siete u ocho años, rubita, pero no tiene/mayor importancia. Quizás sea la imagen de alguna niña que conoció en su propia infancia, una compañera de colegio, por ejemplo.

—¿Y por qué no cree en la existencia de esa niña? —preguntó Mireya.

—Porque no se vio a la niña ni a la serpiente. Además, es absurdo pretender que pudiera aparecer una niña desconocida cargada con una serpiente y se la lanzara encima con intención de matarla.

Una hora más tarde, el cochecito de Loli volvía a ponerse en marcha. Se alejaron

sin exigirle demasiado a aquel viejo motor que runruneaba como si tuviera una bronquitis crónica de su carburador.

—Parece que sí habláis de la misma niña —opinó Loli.

—Sí, es la misma.

—¿Y por qué le echaría la serpiente encima?

—Para asesinarla.

—Pero, no lo consiguió.

—Ella debió de gritar y se sacó la serpiente de encima. ¿Quién puede saber cómo reacciona un animal tan estúpido como una serpiente en un momento dado?

—Todo esto ha de tener alguna razón explicativa, Mireya. ¿Te lo has preguntado?

—Sí, pero no hallo ninguna razón, no entiendo nada.

—Lo que sí está claro es que tú no estás loca pero que puedes enloquecer si te dejas ganar por el miedo.

—¿Qué crees tú que debo hacer?

—Olvidar a la niña de marras.

—¿Olvidarla?

—Sí, olvidarla, es lo más sensato que puedes hacer; de lo contrario, corres el riesgo de que te encierren en ese manicomio.

—No, eso no podría soportarlo.

—Pues, hazme caso, olvídala.

—¿Cómo? Ella se ha metido en mi vida.

—¿Y por qué se ha metido en tu vida?

—No lo sé, Loli, no lo sé.

—Es posible que no vuelvas a verla jamás.

—Tengo la impresión de que sí volverá.

—¿Por qué?

—Ya te he dicho que no lo sé, pero estoy segura de que la niña volverá a aparecer.

—¿Y para qué?

—Para asesinarme. Estoy convencida de que quiere asesinarme.

—Eso parece absurdo. ¿Cómo se puede creer que una niña de siete u ocho años te acose para asesinarte como si fuera una mente maquiavélica?

—Es que yo creo que esa niña de aspecto dulce es diabólica.

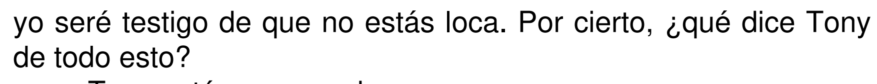
—Toda esta historia es increíble, pero has conseguido que me apasione.

—A mí me tiene aterrada. Te agradezco que me comprendas.

—Si vuelves a ver a la niña, me llamas.

—Sí, lo haré.

—Y si ves algún otro peligro, también. Y si quieren encerrarte,


yo seré testigo de que no estás loca. Por cierto, ¿qué dice Tony de todo esto?

—Tony está preocupado.

—¿Te cree?

—Hay momentos en que no lo sé. He llegado a pensar que en la muerte del señor

Val podía suponer que había sido yo, pero estaba junto a él.

—¿Y la policía?

—Nos interrogó hasta dolerme la cabeza.

—No te preocupes, la policía encontrará al asesino que decapito a ese hombre.

¿Cómo has dicho que se llamaba?

—Val.

CAPITULO VIII

—¿Qué habéis hecho? —le preguntó Tony.

—Pasear, hablar —respondió Mireya, sin querer contarle la visita que Loli y ella habían hecho al sanatorio psiquiátrico, no deseaba inquietarlo más.

—¿Y la decoración?

—Bien, bien, ha hecho unos croquis. Cuando los dibujos estén terminados, te los mostraré para que des tu aprobación.

—Eres muy amable.

—Loli dice que conseguirá esconderle los años al apartamento y que nos sentiremos cómodos en él.

—Magnífico, esperemos que la factura no sea demasiado elevada y podamos pagar los muebles.

—No te preocupes, mi amiga es muy considerada y además tiene buen gusto.

—Pero, odia a los hombres, ¿verdad?

—¿Odiar? —Mireya sonrió—. Oh, no, sólo es feminista.

—¿De las radicales, que son peores que las amazonas?

—¿Y cómo sabes tú cómo eran las amazonas?

—Me las imagino.

—Me temo que sufres de fiebre erótica.

—Sí, eso debe ser, porque sólo sueño con la cama. Por cierto, ¿cuándo compraremos la cama? Es lo primero que hemos de meter en el apartamento, una buena cama, cómoda y grande.

—Creí que la querrías estrecha.

—El tipo ataúd no me gusta. Además, ahora ya no se hace el amor sólo al sistema misionero como antes, ahora hay más «rollo».

—Me veo durmiendo dentro de un ring.

—No será tanto —se rió Tony—. Tampoco pienses que me gusta la disciplina inglesa, pero un poco de salsa a la hora del amor no va mal.

—En ese caso, iré a visitar a un sexólogo para recibir lecciones, no quiero decepcionarte.

Tony dejó a Mireya en la calle Blames, delante del ciento treinta y cinco sin detener el motor del coche. Un claxonazo nervioso, dado por parte del automóvil que le seguía, apresuró la

despedida.

—Buenas tardes, señorita —la saludó el conserje.

Mireya no terminaba de acostumbrarse a la imagen de aquel hombre que le producía desasosiego.

—Buenas tardes.

—Su amiga ha venido a verla.

—¿Mi amiga?

—Sí, ha estado aquí. Como no la ha encontrado a usted, se ha marchado diciendo que ya la llamaría.

—Gracias —dijo ella, metiéndose en la caja roja del ascensor.

Aquel rojo también le desagradaba, era demasiado violento y contrastaba excesivamente con el resto de la edificación, ventanas, suelos.

Mientras subía en el elevador recordó que no había preguntado

al conserje el

nombre de su amiga.

—Cuanto más lejos lo vea, mejor —se dijo.

Abrió el apartamento y penetró en él. Se tropezó de nuevo con la desnudez total de la casa. Llevaba un bloc, un lápiz y cinta métrica.

Iba a tomar medidas para luego no equivocarse en la adquisición del mobiliario. No deseaba que tuvieran que serrar un armario o colocar inadecuadamente un xinfonier porque no cupiera en el lugar que Loli le había destinado.

Comenzó a tomar medidas, empezó por la sala.

Una especie de rumor indeterminado llamó su atención. Dejó la cinta en el suelo y volvió la cabeza hacia el corredor; allí no había nadie.

La casa estaba vacía de muebles, pero siempre cabía la posibilidad de que alguien se hubiera escondido detrás escondido detrás de alguna puerta.

Tuvo un ramalazo de miedo, aquella especie de extraño rumor volvió a oírse.

—Loli, Loli, ¿eres tú?

La desnudez del piso le devolvió su voz con un eco ahuecado.

Quiso volver a interesarse por las medidas exactas de las paredes, pero el rumor se oyó de nuevo. Ya no cabía duda de que había algo o alguien en la casa.

—¡Mireya, Mireya!

Sintió helarse la sangre en sus venas al oír su propio nombre.

Se asomó al corredor y tuvo la sensación de que acababa de ver a una niña, por lo menos una. sombra a contraluz.

—¡Anaid,

Anaid!
¿Eres
tú?
La dulce niña de los cabellos rubios, la perversa asesina, tenía que estar allí, incluso escuchó una risa infantil.
Avanzó por el corredor controlando con la mirada cada rincón, cada estancia, todas vacías, sin mueble alguno. Sus pasos se grababan en su propio cerebro.
Cuando hubo recorrido toda la casa constató
que no había nadie.
—Será una alucinación más. Me voy a volver loca, Dios mío... De nuevo el rumor...
Era como si alguien quisiera decir algo pero no pudiera. Quedó intrigada, estaba segura de haber oído una risa infantil, de haber visto la sombre de una niña, pero la realidad le demostraba que estaba sola en la casa.
Se encaró con la cocina. Ya no cabía duda de que el ruido procedía de allí, pero
resultaba extraño porque el apartamento tenía todos los servicios cerrados. No había agua, gas ni electricidad, ya que era preciso contratar los suministros en cada una de las compañías correspondientes.
—Puede que sea alguna tubería de desagüe —se dijo, tratando de hallar una explicación a lo que sucedía.
Se enfrentó con la cocina de gas.
Era una cocina vieja, muy grande, con horno, una cocina que en su día debía haber tenido gran valor. La caja era de hierro fundido, no era plancha troquelada. El espesor de puertas y paredes era casi de un dedo.
El ruido venía de detrás de la tapa de hierro fundido, con una larga asa horizontal de aleación de metal muy brillante color oro que contrastaba con el negro del resto.
Asió la garra de metal y tiró de ella abriendo la tapa que al principio opuso resistencia pero luego cedió con facilidad debido al peso que resultaba considerable.
Lo que vio dentro de aquel horno, que por su tamaño podía haber sido utilizado

durante años para cocer grandes pasteles, le erizó los cabellos. El miedo se pro- pagó por toda la piel de su cuerpo como si la hubieran bañado en alcohol, primero un calor, luego un frío...

Allí estaba la cabeza de Val con los ojos abiertos, unos ojos que la miraban,

una cabeza que comenzó a reír con tono roto. No era una carcajada humana, era algo distinto, muy distinto.

—¡No, Dios mío, no es posible!

El pavor la hizo retroceder unos pasos. Aquella cabeza reía y se balanceaba macabramente. La risa se transformó en palabras.

—Tú serás la próxima, tú serás la próxima —repetía aquella voz gutural, infrahumana.

Salió corriendo mientras oía tras de sí aquellas horrendas carcajadas.

Llegó a la puerta de salida y al tratar de abrirla para escapar, se le resistió, era como si hubieran claveteado las jambas.

Golpeó la hoja de madera y luego intentó abrirla de nuevo cuando creía que las carcajadas se le acercaban más y más. Era como si aquella cabeza tuviera vida propia.

Tuvo un gran susto.

El conserje estaba allí con los brazos abiertos. Su rostro de piel grisácea, su aspecto inquietante, no la tranquilizaron como hubiera deseado.

^¿Qué le pasa?

—¡La cabeza, la cabeza! —gritó Mireya.

—¿Qué cabeza?

—¡La cabeza! —insistió, señalando hacia el interior del apartamento mientras corría escaleras abajo.

El conserje penetró en el apartamento.

Mireya no quiso quedarse para ver lo que ocurría, siguió saltando los peldaños, golpeándose contra las paredes hasta que salió a la calle y un frenazo chirriante la hizo detenerse.

—¿Estás loca, guapa, quieres que te maten? —preguntó el automovilista. Mireya no respondió.

Tambaleante, como mareada, ebria de terror, siguió caminando por la acera, alejándose. Todo parecía demasiado increíble para ser verdad.

Un breve claxonazo de atención la hizo detenerse y volver el rostro.

—¡Mireya!

Tuvo un inicio de desconcierto. Su mente, influenciada aún por el terror, era incapaz de pensar.

—¡Mireya!

La conductora abrió la portezuela invitándola a subir al coche y ella aceptó. Cuando se hubo acomodado, el auto arrancó de nuevo.

—Tengo la impresión de que no te acuerdas de mí. Mireya abrió la boca para hablar, pero no le salió la voz.

—¿Te sientes mal?

La respuesta fue un sollozo convulsivo.

—Llora, llora sí te encuentras mal, te ayudaré. Yo soy Diana, Diana Estany.

CAPITULO IX

—¿Te encuentras mejor ahora?

Abrió los ojos. Se sentía como si despertara de un sueño lleno de pesadillas.

—Sí, creo que sí.

—Bueno, a mí no me importa que pases el tiempo que quieras en mi casa., Mireya se volvió y descubrió al doberman tendido en el suelo.

El animal, al percatarse de su gesto, levantó la cabeza y la escrutó con sus ojos permanentemente enrojecidos. Gruñó amenazador.

Mireya lanzó una mirada a Diana como en demanda de auxilio, pero ésta se había vuelto de espaldas y el gruñido bronco del doberman no semejó preocuparle lo más mínimo.

—¿Vives sola?

—Relativamente, sí —asintió Mireya despacio, como fatigada.

El perro había vuelto a pegar su cabeza al suelo pero Mireya estaba segura de que sus pupilas la vigilaban por entre los párpados aparentemente cerrados.

—No estás casada, ¿verdad?

—No, pero...

—¿Vas a casarte?

—Más o menos.

—Comprendo, aún no vives aparejada.

—No, tenemos un apartamento que hay que amueblar. Una amiga está preparando el diseño de la decoración.

—Bien —sacó un largo cigarro, le prendió fuego y después, ya encendido, se lo tendió a Mireya—. Anda, fuma.

La muchacha hubiera preferido que se lo dieran sin encender, pero por inercia y dominada por la seguridad y la forma de comportarse de Diana, aceptó. Diana se encendió otro para sí.

—Sabe un poco raro.

—Yo, desde la muerte de mi padre, también vivo sola.

—Sí, pero parece ser que no tenemos la misma resistencia.

—Yo estaba muy unida a mi padre.

—¿Jamás has estado con un hombre?

—He tenido amigos, ya me entiendes, pero no han querido comprometerse en exceso.

—Este cigarrillo...

—Es armenio.

—¿Armenio?

—Sí, de la Armenia turca; la verdad es que hay muchas imitaciones del finísimo tabaco turco.

—Tiene un sabor al que no estoy acostumbrada —dijo Mireya, mirando en torno suyo a través del humo de aquel cigarrillo que parecía producir más humo que un tabaco normal.

Vio las siniestras máscaras de brujo, las tallas de ídolos africanos y asiáticos... A Mireya no le gustaban, pero aquélla no era su casa.

—Si quieres vivir aquí hasta que vayas a tu apartamento con Tony, puedes

hacerlo.

—¿Con Tony?

—Si. tu hombre.

—¿Te he dicho que se llamaba Tony? —preguntó, perpleja.

—Seguro. ¿Cómo lo sabría si no?

—Sí, claro —hizo una pausa y denegó—: No, no es necesario, tengo una habitación.

Sin darse cuenta, Mireya comenzaba a perder su capacidad de resistencia mental.

—Sí, te quedarás aquí, ya tendrás tiempo de avisar a Tony.

—Es que mi ropa, mis cosas —trató de oponerse Mireya.

—Bah, no importa. Ya pasaré yo con el coche a recoger tus pertenencias. Además, tienes una talla que no te será difícil utilizar ropa que yo tengo nueva.

—¿Por qué, por qué quieres que me quede aquí?

—Te he visto muy angustiada, has llorado en mi coche. Soledad, miedo, te sientes acosada y ¿acaso tu Tony te protege?

—Pues —vaciló.

—No, no te protege y tú lo sabes. Te hace falta alguien en quien poder confiar por completo y yo te puedo brindar esa ayuda que necesitas.

—Pero, ¿por qué, por qué lo haces? —insistió;

—Ya te lo he dicho, te he visto angustiada y deseo ayudarte. Te quedarás aquí y yo te protegeré. Cuando mejores, podrás ir con tu Tony.

—Quiero ir con él ahora —le dijo, como si fuera una niña que dependiera de las órdenes de su madre.

—Tú harás lo que yo te diga, Mireya.

Se acercó y le acarició el rostro suavemente.

—Confía en mí. Ahora, empiezas a tener sueño, ¿verdad?

—Un poco, pero no quiero dormir ahora, no quiero tener pesadillas.

—Tranquilízate, no tendrás pesadillas. Dormirás tranquilamente, aquí estás segura. Debes relajarte. Llevas los botones del vestido muy prietos. —La fue desa- brochando—. Las cremalleras también oprimen demasiado tu cuerpo.

—No, no hace falta —denegó, notando que le pesaban los párpados.

Ya no tenía deseos de fumar, pero Diana le cogía la muñeca y conducía el pitillo a sus labios para que continuara aspirando. Mireya recordó que aquella misma circunstancia había ocurrido antes y trató de recordar cuándo había sido.

—Quítate los zapatos, también las medias y las panties que te ciñen. Debes estar relajada y cómoda, así dormirás mejor, mucho mejor. Te daré un poco de le- che tibia con miel y verás como duermes plácidamente. Vete liberando de esa ropa que te molesta o si no, mejor desnúdate.

Se acercó a un mueble de cajones. Abrió uno de ellos y sacó un vestido largo y suave.

—Toma, es una túnica que no oprimirá tu cuerpo por parte alguna. Desnúdate y póntela.

—Es que no quiero...

—Te ordeno que te desnudes y te la pongas —le exigió, ya con tono más severo y hasta amenazador en el fondo—. Voy a prepararte la leche y cuando vuelva estarás cambiada. No debes ser desobediente.

Diana fue hacia la cocina mientras Mireya se aligeraba de ropa.

Al ponerse en pie se percató de que tenía dificultades para sostenerse. Tuvo que cogerse al respaldo de la butaca en que estaba.

—¿Qué me pasa, qué me pasa —se preguntó—. Estoy mareada y tengo sueño,
mucho sueño. Tony, Tony, ¿dónde estás? —se preguntó en tono bajo buscando una seguridad, un apoyo. Se desnudó como le habían ordenado y se puso la túnica por encima.

Diana calentó la leche y le añadió dos cucharadas de postre de miel espesa. Sacó una botellita con cuentagotas y vertió diez de aquellas gotas, contándolas una a una para no equivocarse.

Con otra cucharilla removió la leche para hacer una disolución completa y con ella regresó a la sala. Mireya estaba ahora sentada en el sofá.

—¿Cómo te encuentras?

—Tengo mucho sueño.

—Eso es fatiga nerviosa. Toma la leche y se te pasará.

—No, no tengo ganas, no.

—Vamos, no seas una chica mimada y tómate la leche, es por tu bien.

Le puso el vaso entre las manos y se lo acercó a la boca para que bebiera. Cuando había tomado medio vaso, el doberman se levantó gruñendo hacia la puer- ta. Casi inmediatamente se pudo oír el llamador musical.

Mireya miró al perro, aquel perro que mientras se desnudaba se había dedicado a observarla sin volver a gruñirle, como seguro ya de que su ama controlaba la situación.

Diana fue a abrir la puerta. Mireya oyó cuchicheos lejanos.

Diana regresó, se fijó en el vaso vacío que seguía entre las manos de Mireya, como temerosa de que se rompiera, y se lo quitó. Después, le puso las manos en la frente y le ordenó:

—Duérmete, duérmete.

Mireya ya tenía los ojos cerrados y como incapaz de sostener su propia cabeza, la dobló, apoyándose contra el respaldo del sofá.

En aquellos momentos, Diana ignoraba que Mireya habia conseguido verter medio vaso de leche dentro de un búcaro que sostenía una flor de seda, una flor artificial que jamás se marchitaría.

Diana aguardó un tiempo a su lado, unos minutos o quizás sólo fueran segundos, pero a Mireya le parecieron eternos. Se resistía a dormirse, se rebelaba, luchaba por conseguirlo pese a saber que terminaría vencida.

El sueño aprisionaría su mente, oscureciéndola, sumergiéndola en un mundo de pesadillas a las que temía pavorosamente. Comenzaba a no saber discernir cuándo vivía una alucinación y cuándo una realidad.

—¿Es ella? —preguntó una voz que siguió a los pasos que acababa de oír, una voz gutural grave y en tono bajo, una voz de hombre ya de edad avanzada.

—Sí, ella es la asesina —confirmó Diana con limpieza, sin titubear.

Mireya quiso gritar que no era una asesina, pero la voz no salió por su boca y era porque la garganta ya estaba paralizada por los fuertes somníferos que le diera Diana.

—Es hermosa.

—Sí, admito que lo es, joven y hermosa, pero estúpida y asesina; ha de pagar lo

que hizo.

—No te preocupes, Diana, pagará.

—Estoy segura de ello, por eso la he seguido.

—Has hecho un buen trabajo.

—Ya no sabe si vive una realidad o una pesadilla.

—¿Loca?

—Si no lo está, se halla al borde de la demencia, cualquier psiquiatra idiota la tomaría por loca y la encerraría en una clínica psiquiátrica.

—¿Ha visto a Anaid?

Diana* rió levemente antes de responder.

—Naturalmente, tantas veces como yo he querido que la viera. En realidad, tiene una mente muy influenciable, no creía que sería un trabajo tan fácil.

. —¿Y la posibilidad de que la busquen?

—Bah, no tiene importancia. La ciudad es muy grande y hay pocas personas que puedan buscarla.

—No conviene estropear lo que ya se ha comenzado.

—No se estropeará, estoy tomando todas las precauciones.

—Mejor que sea hermosa, la ceremonia en el ocultum será así más perfecta. Además, nunca antes se había hecho nada igual como lo que vamos a llevar a cabo.

—Fue idea de mi padre,

—Sí, Diana, fue idea suya, pero no pudo llevarla a la práctica.

—El será el primer beneficiado de esta ceremonia singular.

—Tu padre era el mejor.

—¿Y volverá a serlo?

—Sí. ¿Cómo está ahora?

—Bien, en el sótano.

—¿Puedo verlo?

—Sígueme.

Antes de alejarse, Diana se volvió hacia el doberman y señalando a Mireya le ordenó:

—Que no se mueva.

El animal gruñó y colocándose delante de Mireya, se sentó sobre sus cuartos traseros, dispuesto a mantener su vigilancia. Sus ojos enrojecidos se clavaron en la muchacha como si fueran los de un ser humano maligno.

Diana abrió una puerta que dio acceso a una escalera descendente. Encendió la luz y el sótano se iluminó.

El recién llegado pudo ver muchos objetos ya en desuso como sillas, lámparas, cajas, pero especialmente destacaba un gran cajón blanco hacia el que se aproximó Diana.

—Está aquí.

—¿Puedo abrirlo?

—Sí, claro que sí.

Ella misma levantó la tapa del gran cajón y un humillo helado brotó de su interior. Era un gran cajón congelador. Dentro había un ataúd en el que había una cruz puesta al revés.

—¿Se conserva bien?

—A treinta bajo cero, perfectamente.

—¿Controlas el frío?

—Sí, pero además el cajón está cerrado y aunque hubiera alguna avería eléctrica permanecería congelado a bajísima temperatura durante mucho tiempo.

—Perfecto.

Diana sonrió, satisfecha de sí misma.

—¿Quiere verlo?

-Sí.

Diana levantó la tapa del ataúd para que el compañero de su fallecido padre pudiera ver su contenido.

El cadáver estaba vestido con un sayal negro pero podían verse las manos y el rostro, todo ello con un aspecto horrible. Estaba quemado, carbonizado en parte. El rictus era una mezcla- de horror y pánico.

—Tuvo suerte y no se llegó a quemar.

—No, no se quemó por completo. Tras ese horrible aspecto hay carne y huesos. Ahí dentro, congelado sin corromperse, podría permanecer durante siglos.

—Quería vivir y vivirá, para gloria suya y de todos nosotros.

CAPITULO X

Loli salió del ascensor y llamó a la puerta con los nudillos, golpeando con cierta fuerza para que su llamada pudiera oírse, puesto que el timbre eléctrico no funcionaba.

No tuvo que aguardar mucho para que se abriera la puerta.

—Mireya...

Tony acabó de pronunciar el nombre, pero su rostro acusó sorpresa al descubrir que no era su pareja quien estaba en el umbral de la puerta.

—Hola, Tony, veo que Mireya no está.

—No, no está, pasa.

Ya dentro y mientras la puerta se cerraba tras ella, Loli explicó:

—Venía a traer los dibujos. Estuve hasta altas horas de la madrugada para terminarlos.

—Gracias, te estás tomando mucho interés. Este apartamento no es precisamente una joya moderna, ni siquiera antigua con estilo propio. Es el producto de la especulación del suelo urbano. Estos apartamentos construidos a principios de siglo son hostiles.

—Aparentemente, antes se amaba más la naturaleza, lo vemos en los óleos, la gente paseaba por los parques, pero ahora se ama más la naturaleza que hace décadas.

—La amamos porque sabemos que la estamos destruyendo y lo que perdemos con ello.

—Se puede hacer mucho para que el piso resulte confortable, pero lo que no podré conseguir es que creas que en vez de estar en la farragosa y hostil calle Blames, te hallas frente a un parque lleno de árboles. Tampoco tienes terrazas para poder llenarlas de plantas..

—Es cierto, sólo unos minibalconcitos con barandas viejas y oxidadas que no tienen ni un par de palmos de anchura. Mireya tiene razón de quejarse, no es un piso

bonito aunque haya mucha gente en la ciudad que lo codicie, pero ahora, por su ubicación tan céntrica, me va bien. Cuando mi economía marche mejor, buscaremos un apartamento más atractivo en la parte alta de la ciudad.

Loli le sonrió a través de sus gafas, sus labios apenas se habían movido pero sí sus ojos. No era fácil que Loli sonriera a los nombres a los que consideraba rivales en su profesión y, por otra parte, no parecía que su debilidad fuera el sexo.

—¿Ya le has dicho a Mireya todo esto?

—Más o menos. Ella acepta esta situación profesional, por eso te ruego que no hagas una decoración cara.

—No, no temas. Tengo las cartulinas con los diseños, pero procurando no encarecer. Vosotros no sois burgueses aposentados con la cuenta corriente cargada de millones.

—¿Millones? -^sonrió, sarcástico—. De eso, nada, ya empeño el futuro con este apartamento. Por cierto, ¿cuándo hablaste con Mireya?

—Ayer.

—¿Hoy no has hablado con ella?

—No, creí que la encontraría aquí.

—Es extraño. Ayer desapareció como si se la hubiera tragado la tierra.

—¿La has llamado por teléfono?

—Sí, pero no está y ni siquiera ha ido a dormir. Tampoco ha ido a tomar clases esta mañana, es muy raro.

—Sí lo es. ¿Has insistido?

—Sí, y si llega el mediodía y no la encuentro, será más que preocupante.

—¿Y qué piensas hacer?

—No lo sé.

Loli vaciló, parecía a punto de decir algo pero optó por callar. Se apartó del hombre y echó a andar por el apartamento para evitar que él se diera cuenta de sus dudas e intentara sonsacarla.

—¿Has visto esas manchas que hay en el suelo? —preguntó Loli de pronto, deteniéndose ante la puerta de la cocina.

—¿Qué manchas?

—Estas —señaló el suelo.

—No me había dado cuenta. ¿Qué serán?

—Son feas y oscuras y el homo está abierto.

—Parece sangre —opinó Tony tocando la mancha con la yema del dedo.

—¿Sangre?

—Sí.

—¿Será de Mireya?

—Parece sangre de varios días. No soy un hematófago ni un médico forense, pero creo que es de varios días, aunque pocos. Tampoco sabemos si es sangre humana, puede que haya pasado por aquí algún animal. Quizás el conserje sepa algo, porque él tiene llave del piso.

—Pues, será bueno preguntarle.

—Sí, será lo mejor, puesto que si Mireya no viene aquí no nos podemos poner en contacto con ella. Aquí no hay teléfono, ni siquiera la electricidad para el llamador de la puerta.

—¿Has pedido los servicios?

—Sí, estoy pendiente de los enganches, el conserje se encargará de ello. Aunque tengan que dejar el

teléfono en el suelo, será bueno que lo instalen.

—Creo que, mientras tanto, valdría la pena que trajeras unas sillas, aunque fueran plegables, y una mesa.

—Hoy mismo pasaré por un almacén y lo compraré, puedo traerlo en el coche y no habrá problema. Una mesa plegable y sillas no son todo el mobiliario, aunque me gustaría que fuera Mireya quien las escogiera.

—¿Le dejas escoger todo?

Sí, ¿por qué no? Al fin y al cabo, ella es la que se va a pasar el mayor tiempo en casa.

—¿No la vas a dejar trabajar?

—Ese problema deberá resolverlo ella misma, yo no me voy a oponer a

sus decisiones.

El nada tranquilizante conserje estaba metido en la pequeña dependencia desde la cual controlaba el vestíbulo de entrada. Era como una beztezuela agazapada en su guarida, dispuesto a alargar sus patas para atrapar a la presa.

—Hola, buenos días.

—Ah, buenos días, no le he visto entrar antes, estaba haciendo un recado. Los hombres de las compañías de electricidad, agua, teléfonos y gas no han venido aún; si hubieran llegado, lo sabría.

—¿Ha visto a la señorita Mireya?

—No, hoy no, fue ayer.

—¿Cuándo?

—Por la mañana, parecía muy excitada. Se marchó corriendo.

—¿Sucedió algo anormal?

—Gritaba «¡la cabeza, la cabeza!»

—¿La cabeza? —repitió Tony, interrogante.

—Se dejó la puerta del piso abierta, estaba muy asustada. Yo entré en el apartamento por si había alguien allí, pero no observé nada anormal.

—¿Y las manchas? —preguntó Tony.

—¿Qué manchas?

—Unas que hay en el suelo de la cocina —le puntualizó Tony.

—No he visto nada. ¿Hay alguna filtración?

—No toque nada —le pidió Tony—. Es posible que haya de venir la policía.

—¿La policía? —repitió el conserje. Su expresión cambió visiblemente.

—Sí, creo que la mancha es de sangre y como la señorita Mireya ha desaparecido...

En fin, no toque nada. Compréndalo, si deja sus huellas puede que la policía tenga que interrogarle a usted.

—Sí, claro, claro.

Salieron a la calle donde la circulación era muy densa, y Loli preguntó al hombre:

—¿Qué piensas hacer?

—Estoy desconcertado.

—¿Avisarás a la policía? Es un poco pronto, ¿no?

—Sí, un poco pronto, pero temo que Mireya se haya hecho daño.

—¿Y lo que ha dicho el conserje sobre «la cabeza»?

—Debe estar todavía impresionada por lo que ocurrió hace pocos

días.

—¡Eh, oigan!

Se volvieron hacia el conserje que acababa de salir a la acera; su semblante parecía preocupado.

—¿Sí? —respondió Tony.

—Ayer, antes de que viniera la señorita Mireya, estuvo su amiga.

—¿Qué amiga? —quiso saber Tony.

—Era una mujer alta, morena, yo se lo dije a la señorita Mireya, pero no recordaba bien su nombre.

—¿Y lo recuerda ahora? —inquirió Tony.

—Ana o Ana algo más.

—¿Anaid? —preguntó Loli.

—Eso es, dijo llamarse Anaid.

El conserje se marchó y Loli se encaró con Tony mirándole a los ojos.

—Anaid es el nombre de la niña.

—¿Conoces la historia?

—Mireya me la contó.

—Es una historia alucinante. Si no hubiera estado presente cuando ocurrió la muerte de aquel hombre llamado Val, no la habría creído.

—¿Por qué no vamos a tomar un café a aquel bar que hay allí en la esquina? Desde aquel lugar podemos vigilar la puerta de la escalera por si se presenta.

—De acuerdo —aceptó Tony.

Mientras tomaba el café, ya aposentados, Loli le dijo:

—Tengo que confesarte algo, no sé si Mireya me lo va a perdonar o no.

—Si con ello la ayudas, es mejor que hables.

. —Fuimos a un manicomio o, como los llaman ahora, a un centro psiquiátrico.

—¿Buscando a algún doctor?

—No, buscamos a una paciente, a una de las víctimas de la niña Anaid.

-Ya.

—Mireya me contó que tú le habías pedido que no buscara a más personas que hubieran tenido que ver con esa siniestra niñita rubia.

—Así es. Después de lo que pasó con el hombre al que visitamos y que fue asesinado de una manera horrorosa, le pedí que no visitara a nadie más.

—Ella me propuso hacer una visita que luego resultó al manicomio.

—Vaya.

—Se trataba de una paciente. Mireya se hizo pasar por familiar suya para que le permitieran verla.

—¿Y qué pasó?

—Aquella mujer había enloquecido a causa de lo sucedido con la niña.

—¿Y después de verla?

—Mireya salió muy impresionada. Aquella mujer tuvo un ataque muy fuerte cuando intentó recordar y tuvieron que inyectarle sedantes. Por cierto, a Mireya le golpeó a la cara. A mí también me dio algunos golpes, pero Mireya recibió más que yo.

—No me dijo nada. La verdad es que sólo hablé con ella por teléfono.

—Es indudable que hablaban de la misma niña, yo soy testigo.

—Sí, yo también soy testigo de que el hombre asesinado y Mireya se referían a la misma criatura, esa niña llamada Anaid.

—Lo que yo no entiendo es qué tiene que ver esa niña con la mujer que fue a buscarla al apartamento.

—¿Te había hablado de esa mujer?

—No.

—Es posible que utilizara el nombre de Anaid como una contraseña para identificarse.

—Quizás —admitió.

Tras dejar pasar unos minutos, Tony le dijo:

—Puedes marcharte, yo seguiré vigilando y telefoneando hasta que la

localice.

—¿Y si no la encuentras?

—Entonces, lo que haré es visitar a los otros afectados por esa niña, sé que eran cuatro.

—Mireya sólo ha visitado a dos.

—Sí, uno ha muerto y la otra está en el manicomio.

—¿Conoces las direcciones y los nombres?

—No, los tenía Mireya, pero llamando al psicólogo del hospital que la atendió lo averiguaré.

—Quiero acompañarte.

—¿A visitar a esas personas?

—Sí, es posible que Mireya se nos haya adelantado, indudablemente está muy afectada.

—¿Temes que cometa alguna locura?

—Ella, no, pero si alguien cortó la cabeza de ese hombre al que visitasteis, ese alguien puede volver a cometer un asesinato.

—Si no fuera por que tengo miedo de que pongan a Mireya en manos de los psiquiatras judiciales y que corra el riesgo de ser internada en un manicomio en contra de su voluntad, llamaría a la policía.

—¿Crees que la policía puede llegar a descubrir algo de este asunto tan extraño en el que interviene una niña asesina para la cual no pasan los años.

—Sí, es evidente que no nos creerían y que no sólo encerrarían a Mireya, si no a nosotros también. Yo encontraré a Mireya si no aparece en las próximas horas.

—Iré contigo.

—De acuerdo, Loli, iremos juntos.

CAPITULO XI

Se encararon con un nicho, una tumba incrustada dentro de un edificio de sepulturas colocadas en vertical para ganar espacio.

cinco pisos de altura, una tumba encima de otra, una iunto a otra. Quinientas tumbas, si es que así podía llamárseles, quinientos nichos en una sola edificación y como aquel grupo, docenas y docenas repartidas en la necrópolis.

—Aquí está el tercero que fue atacado por la niña Anaid.

—Murió, ya no podrá decirnos nada.

—Sí, se defenestró en una obra en construcción, era aparejador.

—Se salvó —le corrigió Loli.

—Sí, pero quedó polifracturado. Semejó recuperarse, pero sus riñones estallaron y al parecer la diálisis no funcionó con él y acabó muriendo con la sangre envenenada. El creía haber escapado a la muerte y explicó que le había empujado una niña de la que no podía recelar en absoluto.

La tumba era sencilla, una simple lápida de mármol blanco carcomido por la contaminación. El cáncer de la piedra y el mármol cubrían el hueco del nicho. Detrás un ataúd y dentro, un cuerpo que ya debía ser un esqueleto.

Habían pasado los años, años de soledad en compañía, como edificios de vecindario. Los habitantes de la necrópolis yacían unos junto a otros, bien ordenados por calles y números, contabilizados en libros polvorientos que no tardarían en dejar paso a los ordenadores electrónicos que controlarían aquel número ingente de despojos humanos.

Era una ciudad sin perros y resultaba difícil pensar que se les pudiera prohibir la entrada por que los animales podían encontrar la forma de penetrar en el enorme recinto, pero allí no habría nada que comer, todo estaba muy bien guardado, todo muy bien apilado.

Millares, decenas de millares, centenares de miles de lápidas taponando lo que los seres vivos no deseaban ver, su propio futuro.

—Vamos, aquí ya nada podemos hacer.

—Sí —admitió Loli—, teníamos que comprobar que estaba muerto.

—Si el aparejador ha muerto, sólo queda Dinacua.

—¿Encontraremos la respuesta en Dinacua?

—No lo sé, Loli, no lo sé. Mireya ha desaparecido y no sabemos

dónde encontrarla.

—La encontraremos, Tony, la encontraremos.

En aquel instante, el hombre desvió la mirada y señaló:

—Ahí está la tumba de Estany.

—¿La tumba de quién? —preguntó Loli.

—Estany. Cuando Mireya ya parecía recuperada, vino aquí y tuvo una crisis nerviosa muy fuerte, llegó a creer que los muertos salían de sus tumbas. Recuerdo que llovía y pude cogerla a tiempo. Se dañó en la mano rompiendo unos cristales de los que protegen las lápidas de los nichos. Tuvimos que curarla en las oficinas del cementerio.

—¡Qué horror! ¿Cómo pudo suceder tal cosa?

—¿Sabías que mató a un hombre accidentalmente y eso le provocó una terrible crisis nerviosa? Tuvo que ser internada en una clínica para reponerse.

—Algo sabía, pero ella no fue la culpable.

—No, no lo fue. Estaba en un shop-center, en la *sección* de *perfumería. Le dieron a*

probar un spray especial para el cabello, se pulverizó la cabeza de atrás hacia delante y luego, a la inversa y cuando hacía esto, pasó un hombre por detrás de ella.

—¿Estany?

—Sí, iba fumando, cuando estaba prohibido fumar en aquel lugar, había un cartel que lo advenía. El spray se inflamó contra aquel hombre, envolviéndolo en fuego.

—Si el spray se inflama, sólo es un instante, mientras se pulsa el disparador.

—Sí, pero aquel hombre llevaba consigo una botella de alcohol de litro, una botella de plástico que reventó y lo convirtió en una pira humana. Por lo que he sabido, fue horrible. Los empleados lo apagaron con extintores, porque el hombre envuelto en fuego, corrió hacia otro stand de venta y había el peligro de un incendio general del almacén. Lo apagaron, pero no se pudo evitar su muerte. El juez exoneró a Mireya de toda culpa puesto que él había pasado por allí con el cigarrillo encendido cuando estaba prohibido y llevando además la botella de alcohol que fue la razón de su muerte.

Loli suspiró, impresionada.

—Imagino lo que debió sufrir Mireya al ver a aquel hombre envuelto en llamas.

—Sé que en aquellos instantes gritó mucho. La muerte por fuego es de las más dolorosas, pero por lo que me contaron, aún pareció ser más terrorífica. Mireya estuvo oyendo aquellos gritos durante semanas y semanas enteras, pero se recuperó y entonces quiso traer un ramo de flores aquí.

—¿Cuál es la tumba?

—Una de aquellas, no lo sé con exactitud, veamos los nombres. Fueron leyendo las lápidas hasta hallar el apellido «ESTANY».

—¿Te has fijado?

—¿En *qué, Loli?*

—No tiene cruz.

—Sería ateo.

—¿Has visto?

—¿El qué?

—Mira los bordes de esta pesada lápida, es como si la hubieran movido.

—Pudieron causar estas roturas al colocar la lápida.

—Es posible, pero... En fin, ¿por qué no nos vamos? No me siento nada bien, es una sensación extraña.

—Mireya se puso aquí muy nerviosa, estaba sola y echó a correr.

—Creo que si yo estuviera sola, también saldría por patas.

Fueron *en busca* del *coche de Tony y abandonaron* el recinto dejando atrás aquella ciudad de silencio, sólo roto por la llegada de furgones fúnebres que aumentaban el macabro censo con nuevos habitantes.

—Dinacua, tienes visitas —anunció la asistente social cuando Tony y Loli entraron en el asilo.

Los murmullos y las carcajadas cesaron. El hombre que parecía acaparar la atención estaba en el centro, enía la cara pintada como para actuar.

Durante toda su vida había sido un clown y se hacía difícil imaginar el verdadero rostro que se ocultaba tras la impenetrable pintura donde predominaba el blanco y el rojo, una pintura que agrandaba su boca y deformaba sus ojos con una mueca que en vez de cómica resultaba trágica.

—¿Vienen a contratar al mejor clown del mundo?

Se echó a reír estentóreamente, era una risa profesional que se elevaba por encima

de los demás sonidos, una risa que no contagiaba a quien ya hubiera dejado de ser niño.

Será mejor que vengas.

Dinacua cogió las muletas que no formaban parte de su indumentaria cómica y calzado con sus enormes zapatos, siguió a la asistente social.

Tony y Loli quedaron sorprendidos al ver a Dinacua. Este, captando su sorpresa, con la sagacidad que le era habitual, exclamó:

—De modo que venían a ver a Dinacua y no sabían que es el mejor clown de todos los tiempos.

—Pórtate bien, Dinacua. Acaban de hacer casi doscientos kilómetros de carretera para verte.

—Claro que sí, y yo lo agradezco, recibo tan pocas visitas; pero, mucha gente me quiere, sí, me quieren. Síganme.

Apoyado en sus muletas, casi incapaz de caminar, tambaleándose, pareciendo que a cada instante fuera a caerse, se dirigió a una de las pequeñas salitas que el asilo tenía para recibir a los visitantes.

Tras acomodarse en una silla, les invitó a hacer lo mismo.

—Siéntense, siéntense y díganme: ¿Qué chiste quieren que les cuente? Claro que, si ya lo saben, ¿para qué lo voy a contar?

Se echó a reír de nuevo con su fortísima risa profesional, una risa de pista de circo que debía llegar a las últimas gradas del entoldado trashumante.

—Dinacua, venimos a hablarle de algo muy serio.

—¿Serio? En esta vida no hay nada serio salvo la risa —replicó el payaso.

—Mi novia fue empujada al interior de un lago para que se ahogara por una niña llamada Anaid.

—¿Tú? —preguntó señalando a Loli con su índice, la cual le devolvía la mirada a través de sus gafas de cristales redondos y muy grandes.

—No, yo no. Yo soy Loli, amiga de Mireya. Mireya es la que estuvo a punto de morir.

—Vaya, sí que lo siento —dijo el payaso.

—Mireya ha desaparecido —explicó Tony—, y antes de avisar a la policía hemos venido aquí pensando que ella podía haber venido a verle a usted.

—¿A mí, por qué?

—Sabemos que usted, al igual que otras personas, fue atacado por esa misteriosa niña llamada Anaid, una niña de siete u ocho años, rubia, de aspecto dulce y candoroso pero que es

una perversa asesina.

—Anaid, Anaid... ¿Qué sabéis vosotros de Anaid? —inquirió, con voz ahora profunda, misteriosa.

—Sólo que ha intentado matar a varias personas y que en algunos casos lo ha conseguido.

—¿Decís que la chica desaparecida se llama Mireya?

—Sí, Mireya, y tuvo suerte de ser rescatada cuando ya casi estaba ahogada. La llevaron a un hospital, allí volvió a la vida y un psicólogo pareció comprender lo que le había ocurrido, incluso llegó a mostrarle una fotografía de la niña asesina.

—Sí, esa foto se la di yo.

—¿Usted? —Tony quedó sorprendido.

—Sí, yo la saqué de la roulotte del mago Noraa, un mago profesional, un artista oscuro que no parecía buscar demasiada fama ni dinero, o quizás no era tan bueno

como para que la fama y la fortuna se arrojaran sobre él.

—¿Dónde está Noraa?

—Yo lo sé, pero muy pocos lo saben. Lo sé porque conocía su verdadero nombre.

¿Qué es lo que se le puede escapar a un clown?

—Pero, ¿quién es Noraa? —insistió Tony.

—Era un mago y como tal se ganaba la vida, pero más que un mago de circo era un nigromante.

—¿Nigromante? —repitió Loli sin comprender.

—Sí, los que hacen hablar a los muertos, los que intentan revivirlos, los que adivinan cosas futuras mediante la inspección de los cadáveres.

—¿Era una especie de brujo?

—¿Una especie? Noraa era un nigromante pero no un charlatán cualquiera, él tenía poderes, poderes diabólicos hacía revivir a los muertos, les hacía hablar. Lo sé porque yo vi a gente que le buscaba. Era un hombre repugnante que no dudó en aprovecharse de Nani.

—¿Nani? —inquirió Tony.

—Sí, era una preciosa bailarina que danzaba encima de los lomos de los elefantes y cabalgaba de pie sobre los caballos. Yo la defendí, ella lloró sobre mi pecho y la defendí. Golpeé a Noraa, le golpeé con rabia porque había conseguido seducir a Nani metiéndole el miedo en el cuerpo, la tenía aterrorizada. La llevó al cementerio y Nani me contó que había oído rugir a los muertos en sus tumbas. Allí el maldito la hizo suya, la profanó. Lo odié, lo odié con toda mi alma, pero él tenía poderes y yo, sólo mis puños.

—¿Qué tiene que ver la niña Anaid en su historia? —preguntó Tony tratando de que la conversación no se perdiera por derroteros que nada tenían que ver con la historia fundamental.

—En cierta ocasión me encontré con una niña preciosa, era la viva imagen del candor. Yo creí que había venido a ver el circo. Ella, entre sollozos, me dijo que se le había perdido un aro azul.

»La cogí de la mano y ella me señaló la puerta de un furgón-jaula. Me extrañó que el aro estuviera allí, pero me metí dentro para buscarlo mientras le decía: "No tengas miedo, aunque esté oscuro, aquí nada hay que temer.”

»La niña lloraba y yo entré en el furgón que servía para guardar a la pantera. Cuando el furgón se oscureció y oí el golpe tras de mí, cerrándose la puerta, confieso que sentí pánico y grité.

»La niña me había hecho entrar en el furgón para encerrarme en él y yo acababa de

caer en la trampa. Después, otro ruido y se abrió una compuerta más pequeña, era la compuerta que daba acceso al túnel de rejas por el cual la pantera pasaba del furgón a la pista donde el domador la hacía actuar.

»Por un instante pensé que podía escapar por aquel túnel, pero cuando me metí en él, vi que la pantera avanzaba hacia mí.

»“¡Auxilio, socorro!”, grité con todas mis fuerzas tratando de cerrar la compuerta sin conseguirlo. La pantera llegó hasta mí, penetró en el furgón y me atacó...

En aquel instante del relato, el clown Dinacua se abrió las ropas y les mostró su abdomen, su vientre, plegados de horribles cicatrices.

—Fijaos, fijaos, y mis piernas quedaron aún peor antes de que el domador entrara en la jaula y matara a la pantera de un tiro.

Imagino lo que le costaría apretar el gatillo, pero la fiera me estaba despedazando.

»Me sacaron de allí chorreando sangre, mis carnes eran colgajos y me trasladaron a un hospital donde lograron salvarme la vida. Salí del hospital tan como ven, inútil, y el circo me dijo adiós.

—¿Y la niña? —preguntó Loli.

—Nadie creyó en la existencia de la niña, nadie la había visto. Todos creyeron que había cometido la imprudencia de meterme en el furgón de la pantera y me despidieron. Me prometieron un homenaje y todo quedó en promesa porque el circo pasa muchas dificultades y me dijeron «más adelante», siempre me han dicho «más adelante», esperan que me muera. Volví al circo, sí, volví cuando pasó por la ciudad. Al principio, muchos abrazos, incluso una noche salí a la pista, pero tuvieron que meterme en un cochecito porque mi aspecto no era el apropiado. Ya no podía hacer reír. Bueno, traté de salir del cochecito y me caí porque no podía sostenerme sin muletas y el público se rió mucho.

—¿Y la fotografía?

—Yo odiaba a Noraa, tenía la impresión de que él había tenido al que ver. Me metí en su roulotte y descubrí la fotografía de la niña, mi corazón semejó detenerse. Busque a Noraa y le acusé de que él sí conocía la existencia de la niña, pero mi acusación se. tornó contra mí. La niña Anaid a la que yo acusaba, hacía tiempo que había muerto. Mientras, ya había otra niña corriendo por el circo, era la hija de Nani. Noraa se había casado con ella, una Nani que poco tiempo después moriría de extraña enfermedad. ¿Cómo podía yo acusar a una niña ya muerta? Todos me volvieron la espalda y se pusieron del lado a Noraa. De nada iba a servir que yo gritara que Noraa no era Noraa si no Aaron, el nigromante, el que hace hablar a los muertos y la niña, su hija muerta, era Diana, que leído el hombre al revés es Anaid.

Loli musitó:

—Parece increíble.

—Siga, por favor —le pidió Tony.

—Todo es muy largo y parece confuso, pero es la realidad.

Han transcurrido años entre suceso y suceso y el tiempo hace olvidar, los años consiguen que no relacionemos una cosa con otra, pero yo sé lo que había hecho Aaron.

»El había conseguido reencarnar a su hija muerta en la nueva hija que le había dado Nani. Si, había recuperado a su hija muerta, el espíritu de la pequeña Anaid viviría siempre dentro del cuerpo de la nueva Diana y saldría de él para vengar a su padre. El espíritu de la niña que anida dentro de la nueva Diana na ido atacando, asesinando a los enemigos de su padre, a los que le habían hecho algún daño. De una forma u otra, las víctimas de la niña Anaid

habían perjudicado a Aaron, el nigromante.

—¿Qué daño pudo hacer Mireya a ese hombre? —preguntó Loli, perpleja. Tony se encogió de hombros.

—No lo sé.

—Quizás ya no lo lleguen a averiguar nunca, porque Aaron Estany ha muerto.

—¿Estany, .ha dicho Estany? —repitió Tony, palideciendo intensamente.

—Sí, Estany, Aaron Estany y su hija viva se llama Diana, pero él murió abrasado, aunque no me extrañaría que hubiera traspasado sus diabólicos poderes a su hija, a la Anaid que Diana lleva dentro de sí y que sale de su cuerpo como un demonio de aspecto inocente que asesina.

Aquellas palabras fueron como un mazazo en la frente de Tony.

El clown siguió hablando, vertiendo su odio hacia Aaron Estany y su hija Diana que,

según él, era la reencarnación de la primera hija muerta.

No se podía entender cómo podía materializarse un espíritu partiendo de otro cuerpo humano, era incomprensible, la mente estallaba al tratar de razonarlo, pero había demasiados testimonios trágicos para poder negar que aquella niña existía, una niña que había muerto hacía treinta años, poco antes de que naciera Diana del vientre de una artista de circo violada en un cementerio.

De pronto, Loli se dio cuenta de que Tony ya sospechaba dónde podía estar Mireya.

CAPITULO XII

Mireya tenía los ojos abiertos, podía ver y oír pero era incapaz de moverse.

No sentía ningún dolor en su cuerpo, pero era como si éste no le perteneciera. Miró en derredor.

Se hallaba en una habitación sumida en penumbra. Una tenue lucecita la iluminaba, era una vela encendida, una vela corta pero muy ancha que, como contraste, daba una llama pequeña.

En aquel instante entró Diana. Parecía más alta, vestida de negro con un cinturón que era un cordón rojo, anudado a la derecha.

Se detuvo a sus pies y clavó sus ojos en el rostro de Mireya.

—Veo que estás despierta, mejor así.

—Quiero irme —pidió Mireya casi sin voz. Le costaba mucho articular las palabras.

—No puedes irte ahora, todo está preparado.

—¿Para qué?

—Para la gran ceremonia.

—No entiendo.

—Tú mataste a mi padre.

—Fue, fue un accidente...

—Tú lo mataste y él ha de ser inmortal. Mi padre era Aaron, el nigromante, había conseguido encarnarse en un cuerpo humano y tú lo mataste con fuego, pero volverá a la vida en ti.

—¿En mí? —repitió Mireya sin comprender.

—Sí, en ti. Se engendrará en ti, nacerá de ti y su espíritu se reencarnará en el hijo que tendrás. De este modo, mi padre volverá a la vida. Tú lo mataste y tú le devolverás a la vida dándole la carne que necesita para que el espíritu viva entre nosotros. Aaron, el nigromante, se reencarnará en tu hijo, Mireya. Será tu pago por el crimen que cometiste.

—Yo no cometí ningún crimen —protestó sin fuerza.

—Sí. Yo, Diana o Anaid, quise hacerte pagar tu crimen de otra forma, pero escapaste a la muerte.

—¿Tú?

—Sí. Dentro de mí vive la pequeña Anaid que toma cuerpo

cuando debe castigar a quien atacó, atormentó, acosó a mi padre. Anaid es la vengadora.

—No entiendo nada.

—Ya lo entenderás. Ahora, irás a la ceremonia de la génesis.

—¡Yo no voy a tener ningún hijo!

—Te equivocas. Mireya, lo tendrás.

—¡No!

—Mi padre entregó a uno de sus discípulos su esperma que fue liofilizado adecuadamente. Su discípulo, el doctor Tarros, está a punto de llegar con el semen que mi padre dejó en previsión de que llegara una ocasión semejante.

—¡No es posible!

—Sí lo es. El doctor Tarrós se encargará de la fecundación artificial en la ceremonia, es una intervención muy sencilla. Hoy día se practica más de lo que suponemos y no hay ni que pensar en los éxitos que se consiguen en los animales con este sistema. El propio doctor Tarrós la ha practicado con pacientes suyas en muchas ocasiones, sólo que esta

vez es distinta porque ahora tiene que llevarla a cabo en medio de una ceremonia de invocación. Mi padre ha de reencarnarse en el fruto que dará su vientre, tú serás la madre de mi padre reencarnado. Ya has sido estudiada por el doctor Tarrós y por los consejeros, aunque seré yo quien llevará a cabo la ceremonia de invocación.

En aquel instante, un ruido distinto se fue acercando más y más.

Era una camilla rodante portada por cuatro hombres, los cuatro vestidos de negro con cinturones rojos ciñendo levemente sus cinturas.

Diana ordenó:

—Lleváosla, ya está lista.

—¡No, por favor, no! —suplicó la joven, sin fuerzas para mover su cuerpo.

Tendieron a Mireya sobre la camilla y empujaron ésta llevándosela de aquella estancia.

Recorrieron un largo corredor y después empujaron la camilla a través de unos espesos cortinajes, adentrándose en el ocultum, la capilla de aquellos servidores de la fuerzas infernales.

Allí había más gente, olía a cera quemada y del incensario escapaban efluvios de hierbas aromáticas y resinas. En la pared frontal, en el pentagrama pasivo, con la punta de la estrella hacia abajo, simbolizando al macho cabrío.

En el centro de la sala, dentro del círculo mágico lleno de caracteres cabalísticos, otra mesa rodante con un ataúd sobre ella.

Pusieron una camilla junto a la otra y alguien se ocupó de subir la plataforma de Mireya, de tal forma que quedó algo más alta que la sostenía el féretro.

Pudo ver entonces su contenido y se horrorizó ante aquel cadáver horriblemente quemado, monstruoso. Lanzó un grito prolongado y después quedó jadeante.

—Tranquilízate, Mireya, es mi padre. Tú lo dejaste como está ahora, pero con tu cuerpo podrás darle una nueva vida —le dijo Diana.

El doctor Tarrós estaba allí, mirándola intensamente. Tenía una pequeña mesa con instrumental listo para ser utilizado y luego había una caja metálica precintada en la que aparecía escrito en nombre de Aaron Estany.

En aquellos momentos, todos comenzaron a salmodiar súplicas ininteligibles.

Alguien se sentó frente a un armonium y comenzó a pulsar sus teclas, arrancando un melodía patética, capaz de sobrecoger el ánimo más templado.

Ayudaron a Diana a ataviarse perfectamente para la ceremonia.

—Escuchad, hermanos e hijos del gran mago Aaron, maestro de la nigromancia, escuchadme todos. Nos hemos reunido aquí para devolverle la vida. Invocaremos a su espíritu con todas nuestras fuerzas y él se ayudará a sí mismo. Su poder es grande, poder que emana del mismísimo paraíso de Luzbel. ¡Padre Aaron, yo, Diana, Anaid, tu hija, tu discípula, tu esclava, te invoco para que acudas al ocultum porque todo está preparado ya para tu reencarnación! —gritó Diana con dominante énfasis.

El terror producía en Mireya un intenso helor, un helor que comenzó a hacerle daño. Diana prosiguió con su invocación.

Retrocedió luego en busca de una caja y abriéndola, hundió su mano en ella. Cogida por los cabellos, sacó la cabeza cercenada de Val.

—Aaron, yo te traigo esta cabeza, la cabeza de tu enemigo, el que te golpeó y acosó. Padre, yo te la ofrezco...

La depositó a los pies del cadáver de Aaron Estany.

—Padre,- dinos que no escuchas, dinos que estás aquí, sólo así podremos fecundar a

tu asesina para que te reencarnes en el hijo que salga de su vientre.

—¡No quiero, no quiero! —consiguió gritar Mireya.

—¡Padre, gran Aaron, maestro de la nigromancia, dinos que estás aquí, háznoslo saber y con la vida sacada de tu cuerpo fecundaremos a la mujer elegida! ¡Padre, en su fruto volverás a reencarnarte!

—Estoy aquí —dijo de súbito la voz gutural, rota e infrahumana que Mireya ya había oído saliendo de la boca de la cabeza cercenada.

—¡Gracias por haber venido, padre! ¡Gritad todos, gritad todos conmigo, gracias padre, gracias gran maestro de la nigromancia!

Las voces de los presentes se unieron a la de Diana para repetir con ella:

—¡Gracias, amo del poder absoluto sobre los muertos!

—Acepto ser reencarnado en el hijo que nazca fruto de esta ceremonia. Cuando vuelva a nacer, que ella me amamante hasta que sus pechos se quemen y entonces, ponedme en manos de Diana.

—¿Y qué haremos con Mireya, gran maestro? —quiso saber Diana. La cabeza cercenada, con su extraña voz gutural, respondió:

—Anaid se encargará de ella.

—Comencemos —apremió el doctor Tarrós. Inclinándose sobre la caja metálica, la abrió y luego ordenó—: Sujetad a la futura madre del maestro.

—¡Nooo! —chilló Mireya mientras varios pares de manos la sujetaban por brazos y pies.

De súbito, la voz de Tony, una voz totalmente inesperada en la siniestra capilla, ordenó:

—¡Quieto todo el mundo!

Todos le miraron sorprendidos.

—¡Derribadlo! —ordenó Diana.

—Si alguien se mueve, arrojo esta botella de alcohol —dijo mostrando una botella de plástico—. Es alcohol igual al que mató a vuestro maestro Aaron.

Aquella amenaza les hizo retroceder un poco.

Amenazando con la botella, Tony se adelantó, atento para que aquellos monjes diabólicos no le saltaran encima. Consiguió agarrar la camilla de Mireya con sus dedos y tiró de ella sacándola del círculo mágico.

—¡Están locos! —acusó Tony.

—No conseguirás escapar —silabeó Diana.

—¿Qué harás, enviarme .a la niña de los cabellos rubios llamada Anaid?

—¡Lo sabe todo, matadlo! —rugió Diana.

—Aquí no se va a matar a nadie —dijo una nueva voz. Era el comisario de policía que iba seguido por otros inspectores.

—¡Toma, Diana, es para ti! —exclamó Tony, arrojándole la botella.

—¡Maldito, maldito seas! —rugió Diana. Cogió la botella, la destapó y se roció el cuerpo con su contenido.

—¿Qué hace? —gruñó el comisario.

—No tema —le dijo Tony—, no puede hacer nada, pero ella fue la que cortó la cabeza al señor Val, ahí la tiene.

Diana cogió una vela, se la acercó al cuerpo pero las ropas no prendieron.

—No es alcohol, Diana, sólo es agua, la he sacado de una pila de agua bendita. Sólo pido ahora que el diablo se te lleve —le dijo Tony.

De pronto, lo inesperado ocurrió.

Diana se inflamó totalmente, lanzando alaridos en medio de las llamas que comenzaron a consumirla sin que nadie pudiera hacer nada por apagar aquel fuego.

EPILOGO

—Bueno, querida, este otro apartamento está más lejos del centro pero te parece más acogedor, ¿no es cierto? —preguntó Tony, mostrándole un edificio recién contraído.

—Sí, Tony, es infinitamente mejor, pero hará falta que me ames mucho para que consiga olvidar todo el horror que he vivido.

Un claxonazo les obligó a volverse.

—¡Eh, estoy aquí! —exclamó Loli a bordo de su vetusto utilitario —. ¿Llego tarde?

—No —respondió el hombre—. Tienes que diseñarnos el nuevo apartamento.

—Tony, Tony...

—¿Qué pasa, querida?

—Aquella, aquella niña que hay en la ventana...

—¿La ventana?

—Sí, ¿no es ésa la ventana que corresponde a nuestro nuevo apartamento?

—Sí, es cierto, hay una niña. ¿Y qué hace ahí?...

F
I
N

¿Recuerda alguno de los apasionantes relatos de



maestro indiscutible del suspense y de la acción?

Si es así, no podrá sustraerse a la tentación de volver a saborear, cada semana, todas y cada una de sus famosas novelas en la colección



¡ASEGURE SU EJEMPLAR!



ISBN 84-02-02506-4

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PRECIO EN ESPAÑA
50 PTAS.

Impreso en Españ